

Héctor Galmés

NECROCOSMOS

novela



Ediciones de la Banda Oriental

U
8
6
3.
4
4
GAL
n



- JAVIER DE VIANA: Campo.
- 1 C. REAL DE AZUA: El impulso
y su fruto (agotado)
- 2 E. P. BARKAN y B. NAHUM:
Estrategias económicas de la re-
volución anticipada (3ª edic.).
- 3 AGUSTÍN BERAZA: La econo-
mía en la Banda Oriental
(1911-1920)
- 4 JUAN F. FACOSTE: Los vera-
nos y los inviernos (novela).
- 5 E. F. MOROSOLI: Cuentos
escogidos. (3ª edic.).
- 6 E. C. ONETTI: Tierra de na-
die
- 7 E. F. MOROSOLI: Muchachos.
- 8 E. C. ONETTI: Jacob y el otro,
un cuento realizado y otros
cuentos.
- 9 HUMBERTO MEGGET: Nuevo
sol partido (poemas).
- 10 W. ORTIZ Y AYALA: Los es-
pejos. (poemas).
- 11 D. PÉREZ PINTOS: Los Pasos
- 12 ENRIQUE ESTRAZULAS: El
solano (poemas).
- 13 LIBER FALCO: Tiempo y Tiem-
po (4ª edición).
- 14 REYES ABADIE - BRUSCHE-
RA - MELOGNO: La Banda
Oriental. Pradera - Frontera -
Puerto.
- 15 JULIO C. DA ROSA: Cuentos
completos.
- 16 J. A. ODDONE: La Emigra-
ción Europea al Río de la
Plata.
- 17 E. S. PORTA: Marxismo y
Cristianismo.
- 18 SANTIAGO DOSSETTI: Los Mo-
lles. (cuentos).
- 19 Los mejores cuentos camperos
del siglo XIX.
- 20 IDEA VILARINO: Pobre Mundo
- 21 J. A. ODDONE: Economía y
libertad en el Uruguay Li-
beral
- 22 JAVIER DE VIANA: Gurí.
- 23 AGUSTÍN BERAZA: El Pueblo
retrodo y amado.

NECROCOSMOS

40

GAL M

NECROCOSMOS

novela



HECTOR GALMES

2010 / Don. Souf. An Solaco

Hector Galmes
28/11/97

INSTITUTO DE
PROFESORES "ARTIGAS"
44443



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

↓

© EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
YI 1364 — Tel.: 98 28 10 — Montevideo
Queda hecho el depósito que marca
la ley — Impreso en Uruguay — 1971

I

Sebastián y el Sordo se habrán ido para siempre con Alondra. Lo que dejaron: innumerables bocetos y pruebas, tarros de pintura, rimeros de revistas, libros, rollos de telas y cartulinas, las carpetas con los retratos imaginarios que pintó el Sordo, todo, permanece en un orden sagrado que no me atrevería a profanar. Cuando terminaban de ordenar lo que siempre había estado desperdigado por el piso del taller, gritó Sebastián: “¡Para que la posteridad alimente sus hogueras!”, y lo repitió porque quiso que el Sordo, ocupado con el último de sus paquetes, lo leyera en sus labios. A éste le gustó la frase. La hizo sonar con su voz metálica, la única que conocía, no como voz, supongo, sino como vibración gutural o espuma irritante que le invadía la nariz. “La podés estampar sobre los muros —le dije a Sebastián— por si acaso también la posteridad es sorda”. Metió un dedo en el tarro de rojo Venecia y la inició a partir del ombligo de una ménade que una mano anónima había esbozado con carbonilla. El Sordo siguió con la mirada la ruta del dedo brillante de pintura para detenerse en las láminas adosadas a la pared, como quien descubre; antes de marcharse, el significado hasta entonces velado de las cosas familiares. Ahí estaban, entre otras, la Venus del Espejo en cuya espalda habían escrito con bolígrafo: “self-service”, una carita de Boticelli con anteojos y barba, la familia de Carlos IV sacando la lengua. Arrancó la única que había

sido respetada a lo largo del tiempo, la del Mago, y la dobló con cuidado antes de meterla en la valija. ¿Qué significarían para el Sordo: cantor, tango, guitarra? Hubiéramos podido ensayar un chiste, tan hechos como estábamos a las paradojas; pero permanecimos callados, casi conmovidos. Llamé su atención arrojándole una pelota de papel:

—Che, ¿conocerán a Gardel en Australia?

Cuando vio que de mi boca ya no salían palabras, se quedó pensativo, y luego de recitar unos versos de MI NOCHE TRISTE, dijo: “Sebastián lleva unos discos”.

—Pero no pienses, Sordo, que los llevo para encantar canguros. Lo hago porque sospecho que allá me va a atacar el gusanito de la nostalgia. Y la pobre Alondra sin el Mago, se me muere.

Ella surgió entre las cortinas azules sacudiéndose el pelo y dejando en el aire aroma de piel fresca y jabón de coco, que el Sordo parecía aspirar a fondo. Eso es música para el Sordo, se me ocurrió: olor a hembra recién bañada, que trasmite hasta llegarle al alma y alojarse en los sueños. Olfato que lo habilita para la comunión animal y plena con el mundo. Un día confesó que había empezado a pintar porque la primera vez que entró en un taller le gustó el olor de la trementina. Y en sus retratos imaginarios eran las narices lo más trabajado: sensuales y victoriosas, entre ojos estridentes y bocas agresivas.

Alondra calentó agua para preparar el mate, el último que tomaríamos juntos; y mientras hacíamos durar el silencio y mirábamos el techo o las ventanas, me entregué a imaginar la vida de los tres allá en el continente desconocido.

Se van sin ilusiones pero con cierta esperanza. una esperanza acre que habrán encontrado en un rincón del taller, entre objetos que se tenían por perdidos, y se la pusieron encima sin preocuparse

si les iba bien, si les duraría bastante. Pasaje de ida solamente. Ya nadie piensa en volver aunque se pase el día desgranando nostalgias.

Llegás y te revisan las valijas y la ropa. Buscan las hierbas, los jugos mágicos que enloquecen al mundo. Nos imaginan así, en cuclillas, a niños y a viejos; exprimimos flores lúbricas, raspamos raíces, machacamos hongos; niños y viejos y mujeres ajadas que se obstinan en extraer savias alucinantes, porque, piensan, en la tierra salvaje la naturaleza es una ramera desvergonzada que se abre a todos para que se cuelguen de sus pechos donde se rezuma la locura planetaria.

Sordo, a lo mejor te quitan la yerba para analizarla, y hasta que no se conozca el resultado no te dejarán tomar mate. Qué humillación. Ya te veo aguantando la rabia en un rincón, hasta que te manden la autorización por carta recomendada para que vayas a retirar el yuyo que lo cura a uno de las ganas de trabajar. Cuando entres en el salón iluminado y limpio, un empleado te hará firmar boletos de colores, te entregará el paquete y te mirará con toda la indulgencia que le permita su orgullo de ser nieto de boer. Pero un día se te acabará la moledura verde, y antes de que se acabe, cuando el paquete se ponga flaco y empiece a arrugarse el celofán, sentirás la otra moledura, la que te inhiba de pintar, y que no ha de dejarte otro consuelo que seguir deseando a Alondra en silencio, sin que Sebastián se dé cuenta.

Yo te hubiera dicho todo esto, Sordo; pero, aunque sé que no sos capaz de enojarte con un amigo, me callé porque sabía que lo mismo te irías, aunque te aseguraran que quedándote aquí, podrías escuchar alguna vez al Mago cuya biografía te conocés de memoria. No quise destruir lo que puede ser tu último sueño. Si te dejan entrar será porque tienen la intención de sacarte el jugo. Mano de obra

barata. Barré calles, pinté paredes, limpié cañerías, cargé bolsas, amontoné escombros. Laburé para evitarles el asco a los desarrollados. Porque, ¿qué sabés hacer aparte de inventar caras y pintarlas cada día más grotescas? A vos, que sos fino de olfato, te van a hacer oler las miasmas.

Los que te incluyeron en el registro no se habrán dado cuenta de que sos sordo, porque cuando alguien te habla mirás fijo sin perder palabra, y si se dieron cuenta no les importó, porque también se necesita gente que no oiga, que barra en silencio, sin conmoverse por los ruidos de la ciudad que crece.

Al poco tiempo se te acaba la yerba, y nadie te envía más porque estás demasiado lejos. Tenés que desayunar con yoghurt y mermelada antes de bajar a la cloaca o barrer espacios infinitos; y los retratos imaginarios se te vuelan, baten el aire con sus orejas amarillas, pierden la nariz después de haber olido su propia muerte; y los ojos ya no serán estridentes: se volverán gelatina incolora. En Australia no sos nada, Sordo; ni siquiera te enterás si alguno te insulta. Barrer y destapar. Ocho horas exactas; y cuando volvés a tu pieza por las caras, sabés que ya no pueden nacer como antes, como aquí: de cualquier parte. Todas son ahora la misma: la que se fabrica con el tennis de los sábados, más el aire acondicionado, más televisión en colores, más el sermón de los domingos a las once. Y no quieras rescatarlas, porque se fueron, se volaron cuando descubrieron la nostalgia en el olor de los eucaliptos.

Sebastián agarró el mate con las dos manos, pero chupaba apenas. Parecía absorto en la espuma verdosa y humeante. Alguna vez dijo que era ese color de pantano prehistórico, de piel de saurio, lo

que más le gustaba. Vivía husmeando cualquier cosa que pudiera aproximarle a los orígenes, a lo de antes del hombre. ¿Qué vas a hacer, Sebastián, en Australia, sino abandonar al poco tiempo tu determinación de dibujar planos, para ir a conocer el desierto fantasmagórico donde yacen esqueletos de saurios enormes, que se murieron de sed cuando dejó de llover para siempre en aquella parte del planeta?; vos también podés morirte de vieja sed, abierta la boca al polvo y a los vientos.

En nuestras conversaciones hablaba con entusiasmo del desierto australiano. Había recortado fotografías que encontró en revistas compradas en la feria, y me decía: "Este es tu mundo, viejo, vos que sos el pintor de la desolación. Mirá qué tema para un cuadro. Mucho blanco de zinc. Arriba, azul cobalto. Todo lo demás ocre". Aún no pensaba en irse, pues no tenía motivos suficientes, como ahora, para suspirar por el Gran Desierto de Victoria.

Cuando Alondra me alcanzó el mate, le pregunté qué pensaba hacer en la isla inmensa. Me miró asombrada, como si se diera cuenta por primera vez que aquello era una isla y, antes de contestarme, se sentó sobre la alfombra y se acarició el pelo.

—Lo que pueda... o lo que quieran. Sebastián me preocupa. Debe presentir que no podrá hacer nada, aunque asegure que sí, aunque crea que le podrá robar horas al sueño para pintar, él que se levanta a mediodía y recién al atardecer suele sentir ganas de abrir los pomos. ¿Por qué se quiere ir la gente? Por el Cambrón. Dejaron que creciera y ahora le temen al fuego que saldrá de él. Se huve de uno mismo, del hombre que no hizo nada, de la mujer que se cruzó de brazos mirando cómo crecía el Cambrón. Es tarde ya, muy tarde. Nada. Nada. Vos no hiciste nada; Sebastián y el Sordo tampoco. Hay que mandarse mudar para borrar la culpa. Des-tierro voluntario. Entierro, diría yo. ¿Te imaginás a

Sebastián marcando la tarjeta a la entrada y a la salida, y a mí lavando pilas de platos, y al Sordo ocupado en hacer desaparecer la mugre? Lo que acá no habríamos hecho nunca.

—¿Y entonces, por qué te vas, Alondrita?

Bajé la cabeza hasta casi rozar su frente. Tuve ganas de besarla y no lo hice, aunque Sebastián había salido para comprar tabaco y el Sordo, ajeno a nuestro diálogo, hojeaba un ejemplar de "Australia on 5 U\$S a Day!". Creo que adivinó mi intención porque sus ojos siena tostado me dijeron: con vos no me quedaría porque sos un triste, y además estoy ofendida pues nunca intentaste seducirme, y ahora que te dejó la gringuita y te sentís solo, no me voy a apiadar de vos, ¡faltaba más!

—Me voy porque hay que irse. Mi vida ha sido siempre un viaje sin fin. Y hay que irse antes que al Cambrón se le antoje no dejar salir a nadie. Marcharse a cualquier parte; al menos así tenés la ilusión de ser libre. Nada de eso; te vas adonde te dejen entrar, no a cualquier parte. Y me voy por Sebastián que me sacó del pozo.

—Sebastián sueña que ha elegido Australia.

—Lo vive como aventura. Yo quisiera que el viaje de ida no acabara nunca, porque cuando lleguemos, ¡zas!, se terminó el encanto.

Se apoyó en un codo, para acostarse después sobre el piso con las manos bajo la nuca. Su pelo cubrió mis zapatos que parecían a punto de entrar en un mar sombrío. Me habló mucho de Sebastián y de una especie de niebla sucia en que había estado metida hasta que lo conoció y se desnudó para que la retratara.

—Allá toda la gente debe tener aspecto saludable; nosotros también lo tendremos al fin. Seremos como los demás y no nos sentiremos más extranjeros que aquí. Seré una mujer normal. Tendré un carrito para cuando salga de compras y aprenderé

a tejer. Te juro que no aguanto más esta tristeza colectiva, este quejarse todo el santo día, ni las caras de los que viajan en ómnibus, ni las de los peatones. Nos-vamos-porque-hay-que-irse-aquí-nadie-aguanta-más-ni-nadie-se-preocupa-de-arreglar-lo-que-se-rompe-porque-te-das-cuenta-que-todo-se-rompe-la-ciudad-se-viene-abajo-y-si-te-queda-s-vos-también-te-venís-abajo-porque-todo-el-mundo-se-contagia-si-un-día-amane-cés-alegre-la-alegría-se-te-va-a-la-misma-mierda-cuan-do-salís-y-ves-la-cara-del-vecino-o-de-la-vecina-es-con-tagioso-como-si-de-repente-viniera-una-gripe-de-la-que-nadie-se-salva-porque-los-que-no-se-enferman-están-es-perando-que-les-venga-a-ellos-y-mientras-tanto-ponen-cara-de-engripados-esta-angustia-colectiva-es-lo-mis-mo-vos-me-entendés-y-ahora-el-cambrón-tiene-ganas-de-cerrar-las-puertas-y-no-dejar-salir-a-nadie.

(Tu larga interminable palabra se irá mañana de tarde y en algún momento se parecerá a un adiós, al ruido de una seda vieja que se rasga, a la letanía por los desterrados, por la ciudad derrum-bada, por los solitarios, por los empleados que han enterrado para siempre la esperanza de marcharse. Tu palabra será también el silbido de las turbinas del avión mezclado con el olor del querosén quemado, el mismo que emana de la vieja cocinilla sobre la que nos calentábamos las manos, los cuatro al mismo tiempo, mientras hacíamos proyectos, no para irnos, sino para permanecer aquí y llenar las calles de pinturas y de ideas, para pintar sobre las paredes de los barracones y poblar los terrenos baldíos con grandes figuras de cartón, madera, alam-bre y todo lo que sirviera; trabajar con los vaga-bundos y los muchachos de las escuelas, hacer apa-recer monigotes por todas partes para devolverle a la ciudad, de una vez, la alegría que pudo haber tenido en otro tiempo. Y tu única interminable pa-labra se llenó de sonoridades vítreas porque esta-bas decidida a expresarte con frascos y botellas y

ya reías de puro entusiasmo cuando imaginabas tu obra concluida: cientos de botellas colmadas de sol y dispuestas de modo que ulularan por la noche con el viento. El Sordo te advirtió que te desharían las obras a pedradas y tú dijiste que no importaba, que tenía que ser así, y tu única interminable palabra fue el ruido de las piedras al rebotar contra las botellas o romperlas. Pero resultó que el Cambrón se opuso a nuestro propósito después de la primera muestra, cuando la gente se dio a destruir sanamente lo que habíamos hecho, sin necesidad de invitarla como habíamos pensado: **EL ARTE ES PERECEDERO: ¡DESTRUYALO Ud. MISMO!** El Cambrón temió, ante todo, la posible intención política. Y llegó el decreto: "...prohíbese toda actividad que, invocando propósitos artístico-culturales tienda a fomentar el desorden y la intranquilidad pública"; y tu larga infinita palabra se convirtió en una maldición. Y esa noche Sebastián salió a quemar monigotes, y los monigotes ardieron, ardieron lentamente. Lo quiso hacer antes que los rompiera la policía. Nunca lo habíamos visto con tanta rabia encima. Los quemó uno por uno, y no lo encontraron hasta que empezó a quemar el último. Lo detuvieron, y al Sordo también. Vos y yo nos quedamos solos. Caminamos hasta muy tarde por las calles desiertas; seguimos el itinerario de días anteriores, es decir, pasamos por los lugares en que había monigotes. Fue entonces que, entre esqueletos retorcidos y chamuscados, dijiste:

—Aquí no se aguanta más. Hay que tomarse los vientos.

—Sí, tomárselos todos, beberlos hasta las heces y agarrarse una buena curda. La borrachera eolia. Si les sentís el gusto te los tomarás siempre. Ya no te alcanza el viento del sur que llega helado de la mer témpanos, ni el del norte, con pesadumbre de solva caliente. Ya no te basta sentarte sobre las ro-

cas a esperar que soplen de alguna parte. Tenés que correr hacia ellos y bebértelos.

Nunca supe su verdadero nombre. Tampoco lo supieron Sebastián y el Sordo hasta poco antes de partir. Pero entonces no quisieron decírmelo. Sebastián, cuando se enteró que ella estaba dispuesta a quedarse indefinidamente en el taller, me confesó: "Me gusta de veras, pero le tengo miedo al me-tejón porque ésta se las toma el día menos pensado". Entonces la llamó Alondra. Yo, con la complicidad del Sordo, le decía Fata Morgana aunque a ella no le gustara, porque le parecía ser nombre apropiado para gatos. Al fin convinimos en llamarla Alondra solamente, y lo de Fata Morgana sirvió de tema para que el Sordo pintara.

Siguieron días grises y largos, de lluvia mansa. Casi todo el invierno transcurrió así, y no nos importó porque estábamos muy divertidos con el juego de inventar un pasado para Alondra. Todos los que concurríamos al taller participábamos en él, y ella no decía: eso es cierto, eso no, sino que sonreía siempre aunque a alguno se le ocurriera imaginarla alcahueta o estafadora.

Nunca pintó tanto el Sordo como entonces. Trabajó en la serie Fata Morgana inspirado en el pasado que cada uno inventaba para Alondra. Alondra la fugitiva, la adúltera, la abandonada, la virgen, la ramera, la espiritista.

Sebastián aseguraba que ella era muy sensible, creía en los santos y poseía además una verdadera erudición erótica.

A veces me figuraba que Alondra era una especie de demonio que había encantado a los amigos para llevárselos y aniquilarlos en ciudades gobernadas por máquinas monstruosas o en la soledad de los desiertos. Si sobreviven ya no serán ellos mis-

mos, postergarán la pintura para un tiempo que parece estar siempre próximo, pero que jamás llega. Y si pintan, nadie les creerá, pues no han ido a eso precisamente, sino a vender todo su tiempo porque allá lo necesitan. No es como acá, que podés perderlo sin que se note.

Sebastián, que parecía tan arraigado, me dijo un día: —“Me estoy dando cuenta, viejo, que tengo que cambiar de paisaje. Uno se seca. Antes de que apareciera esta hembra no lo sentía, porque uno se seca sin sentirlo y sin ver que a los demás también les pasa. Mientras estás prendido al pasado en que te marcaron el itinerario, que no sabés si te sirve o no y que aceptaste por comodidad, dejás, como un pajarón, que la vida se te escurra. Rompé con él, con todo lo que te traba, mandalo a la mierda. Mirá a Alondrita. Nadie sabe quién es, parece que hasta ella misma lo hubiera olvidado, y sin embargo tiene unas ganas de vivir que dan envidia. Estamos secos, hermano. Aquí todo el mundo se seca. Te dicen: vamos a esperar a ver qué pasa. Como miguitas del fondo del bolsillo, sacan los últimos restos del optimismo que les regalaron en la escuela, les soplan la pelusa y les alcanza para entretenerse un año más. Por costumbre se maldice a todo el mundo, pero sin renunciar jamás a una esperanza que está como anclada a la camiseta, y que permite secarse sin notarlo.”

—Mirá que no es mudándose de mapa como se arregla la cosa. Mientras estés ocupado en querer aprender nombres nuevos, te va a parecer que a la vuelta de cualquier esquina está eso “otro” que no sabemos qué es y que buscamos desde que agarramos los pinceles por primera vez. Pero después volverás a sentirte como ahora, más el remordimiento por haber huído. Es nuestra desgracia, viejo, y no se nos despega con nada.

Hacia rato que la interminable palabra de Alondra había salido por la ventana para ir a llorar el abandono de los parques cubiertos por la basura, y el de los edificios monumentales pero inconclusos, que ya nadie esperaba ver terminados algún día. Sebastián volvió con el paquete de tabaco y una botella de añeja, y se sentó a compartir nuestro silencio. Silencio ahuecado por el gotear de la canilla de la cocina y que duró hasta que Sebastián nos ofreció un trago de despedida. Yo les dije que no pensaba ir al aeropuerto, que no se lo tomaran a mal, pero las despedidas me revientan sobre todo porque no se sabe qué decir y qué no decir.

—¿Qué vas a hacer cuando acabes el Necrococos? —preguntó Sebastián.

—No sé —contesté—, a lo mejor lo destruyo.

—No vale la pena trabajar tanto para nada. ¿Quién te lo va a comprar? ¿El Estado? ¿Algún maniático de esos que nos dijeron que existen pero que nunca conocimos? Esa obra tiene mucho abismo, créeme. La gente se asusta. Además casi nadie compra cuadros; el que tiene guita la coloca al cuarenta; se vende todo para colocar al cuarenta, la casa en la playa, el auto y hasta la mujer. Se juega al contrabando o a la usura. Busca un escribano y decíle: tengo seis metros cuadrados de muerte cósmica para colocar. No, no vas a tener mucha suerte con ese cuadro. Tiralo a la calle para que te lo rompan a patadas y así te liberás de él. Aquí no podés esperar nada, hermano; venite con nosotros.

—No. Me quedo.

—No insistas, Sebastián, si se quiere quedar, que se jorobe. Dejalo que se saque el gusto.

—El gusto me lo saqué hace rato, lo dejé colgado de una percha (andá a saber en qué boliche), y nunca más lo encontré.

La voz de Alondra surgía como de la grieta del oráculo:

La gringuita le arrebató el alma. Cuando termine el Necrocosmos, se sentará después frente a un lienzo blanco y no verá más que el lienzo blanco. Se quiere quedar así porque está convencido de que ya no es capaz de hacer nada.

—¿Pensás de veras que ya estoy liquidado? Quizás me haga bien quedarme solo, hacer el inventario y romper lo que ya no sirve. Al fin de cuentas no estoy tan viejo. Lo que ocurre es que nos equivocamos al elegir un camino, al creer que lo que hicimos era lo que debía hacerse. Y un mal día descubrimos que se nos acabó el jugo, y nos sentimos secos y huecos. El fuego nos consumirá fácilmente. Te acordarás Sebastián, de aquella noche en que salimos a la calle a festejar el fin de la guerra. Entramos a un café donde discutimos sobre el futuro del arte. Y seguimos pensando como si todavía estuviéramos sentados a aquella misma mesa. No nos damos cuenta que han pasado más de dos décadas. Imaginá al gallego que nos ha estado sirviendo café durante esa noche de veinte años. Al final nos dice: “Señores, tengan a bien retirarse porque el local está siendo demolido”. Y no podés salir sin que la piqueta te alcance a vos también.

El Sordo encendió el farol porque quería participar de la conversación; llegó arrastrando una sombra gigantesca cuando ya habíamos cambiado de tema. De pronto recordamos que tendríamos que separarnos de verdad, nosotros, que tantas veces habíamos vivido de mentira. Hablamos de cosas que estaban en el alcohol, en esa noche última, en la luz del farol; cosas que el Sordo leía en nuestros labios húmedos de caña.

Sebastián alzó la mano que sostenía la botella.

—Antes de partir, esperamos que nos des tu anuencia.

—Nihil obstat.

—y que termines de una vez el Necrocosmos.

—Así sea.

—y que nos encontremos un día no lejano en el museo paleontológico de Dios entre los animales que murieron de sed.

—Bendita la sed.

—y Alondra encuentre su pasado o cualquier pasado que le acomode, y te lo cuente en una larga carta para que nunca más la llames Fata Morgana.

Mientras insistía en su oratoria y el Sordo se ocupaba en hacer lugar en la valija para meter algún libro de último momento, me detuve en los ojos de Alondra que brillaban en la penumbra.

—No te veré más, Alondrita.

—Cierto; ¿pero me habrás visto alguna vez?

—y se abran los oídos del Sordo cuando las bocinas anuncien el fin del Cambrón.

—No estoy seguro. De todos modos te agradezco, conocida o desconocida, que hayas rescatado a Sebastián cuando lo creíamos perdido. Le devolviste las ganas cuando estaba a punto de claudicar. De vos dependen muchas cosas: que pinte, que no pinte o que se le ocurra subirse a los esqueletos prehistóricos hasta convertirse él también en pura osamenta; qué sé yo; si te los llevás, Fata Morgana —dejá que te llame así por última vez— para terminar con ellos, al menos elegiles una muerte de artistas. Allá en la Gran Sociedad la muerte se podrá elegir como se eligen los trajes o los productos irresistibles de los supermercados. Te recomiendo que no los dejes caer en el sopor que se traga los colores; que no abandonen la pintura.

—¿Por qué no le hablás a la mujer que tenés delante y te dejás de embromar con lo de Fata Morgana? Tocame, poné las manos donde quieras; el Sordo salió y Sebastián duerme la mona. Aprovechá que antes de irme quiero que te enteres que soy de carne.

—¿Estás segura que no hundiría mi mano en humo?

—Mejor harías en venirte con nosotros. Estás enfermo. La gringuita te liquidó. Largá todo y venite. ¿O sos de los que piensan: hay que quedarse para salvar la Patria, y después no hacen nada porque el miedo los tiene paralizados?

—Mirá, che, el verdadero desterrado es el que se queda aquí, con toda la bronca encima. Supongo que en Australia, si se te antoja, podés pintar, escribir, hablar de lo que quieras, porque no molestás a nadie, aunque más no sea porque a nadie le importa lo que hacés. El desterrado soy yo; no te lo digo para que me tengas lástima, sino para aliviarte a vos y a los otros dos del sentimiento de culpa que llevan todos los que se mandan mudar.

Pasé la mano por su cabellera espléndida y le acaricié la nuca. Después de mirarla un rato la besé.

—Tenías razón, sos de carne. Ahora, chaucito, como todos los días. Chaucito. Al Sebastián no lo despiertes. Despedirnos, ¿para qué?, si no nos veremos más.

El Sordo volvió en ese momento y nos dimos un abrazo. Luego —pues la despedida no debía ser lo último—, me alcanzó la carpeta de la serie “El Cambrón” y me metió en el bolsillo la dirección de la imprenta con las instrucciones. Me marché como lo hacía siempre.

En la calle recordé un consejo de Goroztiaga; nunca te metas a analizar los estados de ánimo; no desarmes las imágenes, dejá que te dominen, así no las perdés. Habrá sido por eso que no me puse a indagar porqué me sentía como si me hubiese encogido hasta la estatura de ciertos personajes de cuentos casi olvidados, que vivían en un dedal, trepaban penosamente entre los pliegues del vestido de las doncellas para trasmitirles un engañoso men-

saje de amor o cantarles coplillas equivocadas, o que solían ocultarse entre las barbas de un gigante dormido para acibararle los sueños. Asquerosamente pequeño; pero pesado, como si estuviera lleno de mercurio.

Una tarde le dije al Sordo: “—Pintá un retrato de Neerit porque tengo unas ganas bárbaras de verla” como él no la había conocido, le dije cómo era o había sido. Resultaba divertido que fuese él quien la pintara y no yo. Ojos de un verde abismal, casi minerales, boca irónica y el cabello igual al de las mujeres de los frescos de Cnosos. Trabajó una semana hasta lograr cierto parecido. Ese fue su primer retrato imaginario.

(Si volviese a encontrarte, Neerit, estoy seguro que aclararía muchas cosas, porque cuando te fuiste te llevaste contigo ciertas claves. Por ejemplo, hay figuras de aquel tiempo que conservo sin entender ya su significado. Por aquellos días uno pensaba que era posible llegar a alguna parte. A lo mejor a vos te pasa ahora lo mismo. Sería preciso reconstruir, pieza por pieza, el proceso que seguimos para fabricarnos esta imagen que tenemos del mundo; volver a ensamblar en el mismo orden todo lo que nos prestaron o vendieron: las palabras, los sueños, la música, los libros. El tiempo soldó fuertemente las juntas pero desgastó el conjunto que ahora es como una máquina vieja y herrumbrosa que no es posible desarmar sin que se rompa.

Cierto día salí a buscarte por los lugares donde solíamos vernos. Era como querer rastrear los orígenes de una culpa: la de haberme equivocado. El mal de nuestra época consistió acaso en creer que se podía llegar solo. Mientras los demás construyen casas, entierran a los difuntos, inventan aparatos, hacen

política, amasan el pan, cortan el pelo y arreglan zapatos, vos te sentás a pensar en alguna forma de perfección en medio de tu mundo hasta que descubris después de mucho cavilar, que no pertenecés ni a ése ni al de los otros).

Después del retrato de Neerit, el Sordo empezó a trabajar en El Cambrón.

—Me gusta el tema —dijo—, y lo voy a invitar a Goroztiaga, que escribe bien, para que se encargue de las glosas. Yo haré los grabados.

Y me alcanzó una Biblia abierta en el capítulo IX del Libro de los Jueces para que leyera.

En el taller se desarrollaba una actividad poco frecuente. Sebastián y Alondra vivían entusiasmados con el asunto de los monigotes y “el arte a la calle”.

—Es la presencia de Fata Morgana —aseguraba el Sordo—; desde que apareció, el taller se ha llenado de temas nuevos.

Hacía infinidad de croquis, y los demás lo alentábamos para que se decidiera de una buena vez a empezar a hundir el buril en los tacos. Nos pasábamos hablando de Abimeleq, y Alondra recortó uno en cartulina, de mirada siniestra y manos vegetales que se prolongaban amenazantes:

Aquí lo tienen —dijo—; flor de monigote. Consigan madera, arpillera y alambre para hacerlo en grande. Resucitaremos la costumbre de quemar judas. A la gente le gustará, ¿no creen? ¿O conservará la piromanía para incendios mayores?”.

Inclinado sobre las planchas, el Sordo nos pedía vino y cigarrillos, y cada vez que terminaba una, y después de grabar al pie el número del capítulo y el del versículo, se acostaba a pensar y, sin decir palabra, recorría con los ojos muy abiertos la cartografía húmeda de los techos.

Pasamos semanas observando cómo crecía “El Cambrón”.

“Abimeleq, hijo de Yerubbaal, marchó a Siquem, a los hermanos de su madre, y habló a ellos y toda la familia del padre de su madre, diciendo: —Decid, por favor, de modo que oigan todos los siquemitas: ¿qué es mejor para vosotros, que os dominen setenta hombres, o que mande en vosotros uno solo? Y recordad que soy hueso vuestro y carne vuestra.

Para dar a conocer su proclama, Abimeleq se encarama al monumento de un héroe petrificado en medio de la plaza a la que, en ese día, dan todas las ventanas de la ciudad, para que ningún siquemita se quede sin oírlo, sin verlo, sin admirarlo. En las casas de Siquem —explica Goroztiaga— hay ventanas mágicas que se abren a cualquier parte, aunque ello no depende de la voluntad de los moradores quienes, pasivamente, se preguntan cada día qué habrán de ver por la ventana. Hoy les muestran a Abimeleq, enérgico y resuelto, que, con un ademán, hace aparecer una legión de partidarios, y les pregunta: “¿Qué es mejor para vosotros, que os dominen setenta hombres, o que mande en vosotros uno solo?”.

“...y su corazón se inclinó a Abimeleq; pues dijeron: “Es nuestro hermano.” Y diéronle setenta siclos de plata del templo de Baal-Berit, con los cuales Abimeleq asalarió hombres miserables y livianos que lo siguieron”.

Sobre los muros amanecieron carteles con la efigie de Abimeleq. “LOS SIQUEMITAS CON ABIMELEQ”. Amanecieron los sicarios, afilando cuchillos y probando las armas. Amanecieron los mercaderes y los cambistas más temprano que de costumbre, pues la noche anterior no durmieron. Y el miedo. Un miedo que podía palpase también amaneció. El miedo de Abimeleq creció hasta convertirse en el de todos.

—¿Qué color prefieren para pintar el miedo?
—preguntó el Sordo mientras tallaba las caras bestiales de los asesinos.

—Ocre mezclado con bermellón, pero más ocre que bermellón. Ese es el color del miedo —aseguró Sebastián.

Y de ocre con bermellón habrían de ser los muros, y también los ojos, los dientes y la saliva que asomaba como baba por las comisuras de los labios. Ocre el rostro de Abimeleq que aparecía en lo alto del muro y miraba a los sicarios, y ocre y bermellón sus manos que llovían dinero sobre ellos.

“Y vino a casa de su padre en Ofrá, y asesinó a sus hermanos, hijos de Yerubbaal, setenta hombres, sobre una misma piedra;”

Por la noche, penetran en las casas los hombres de Abimeleq. Sus rostros invaden el sueño y lo aniquilan. Empujan a los moradores hacia la tiniebla empapada de relente.

—Ahora viene lo más difícil —dijo el Sordo—, grabar la muerte sin caer en el estilo de la tira cómica. Vengan unos azules pesados y más vino, porque sin vino no puedo.

“pero sobrevivió Jotam, el hijo menor de Yerubbaal, porque se escondió”.

—Y ahora, ¿dónde escondemos a Jotam?

Hizo distintos bosquejos con el tema de la huída de Jotam. Jotam a la luz crepuscular de una selva; Jotam en el desierto, en las alcantarillas, en los sótanos, en los edificios elegantes, entre la multitud, en cualquier parte.

“Entonces se juntaron todos los habitantes de Siquem y todo Bet-Mil-Ló, y fueron a proclamar rey a Abimeleq junto a la encina de la massebá que hay en Siquem.”

Es la misma plaza donde Abimeleq habló por primera vez a los siquemitas, y donde ahora el héroe petrificado se ahoga en muchedumbre que aclama al nuevo rey. La ciudad convertida en una feria. Cada uno trae de su casa el más solemne de los rostros y se lo pone como homenaje a Abimeleq, un río de estandartes, globos y sombreros se agita bajo el sol y desemboca en la plaza.

“Mas cuando se lo anunciaron a Jotam, fue y, colocándose en la cumbre del monte Guerizim, alzó su voz, gritó y díjoles: “¡Escuchadme, siquemitas, y así os escuche Dios!”

Todos conocieron la proclama de Jotam. Les llegó en medio de la fiesta porque cayó de una ventana (al igual que la piedra de molino que arrojó otro día una mujer anónima), o la leyeron cuando volvieron a casa, porque alguien la hizo pasar por debajo de las puertas, o se la oyeron a un vecino que la conocía de memoria.

“Fueron los árboles a ungir sobre ellos rey.
Y dijeron al olivo: “Reina sobre nosotros”. Mas
[el olivo]

díjoles:

“¿Habré de renunciar a mi grosura, con la cual se honra a Dios y los hombres, por ir a mecerme sobre los árboles?”

Entonces los árboles dijéronle a la higuera: “¡Ven tú, reina sobre nosotros”.

Y díjoles la higuera:

“¿Habré de renunciar a mi dulzura, a mi sabroso fruto, para ir a mecerme sobre los árboles?”

Dijeron, pues, los árboles a la vid: “¡Ven tú, reina sobre nosotros!”.

Y díjoles la vid:

“¿Habré de renunciar a mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a mecerme sobre los árboles?”

Dijeron entonces los árboles al cambrón: “¡Ven tú, reina sobre nosotros!”

Y el cambrón dijo a los árboles:

“Si en verdad me unguis por rey sobre vosotros, venid a refugiarnos bajo mi sombra; pues, si no, saldrá del cambrón fuego y devorará los cedros del Líbano”.

Los hombres contemplaron un rato las arborescencias que ilustraban la primera cara del pliego que olía a tinta fresca, y se las mostraron a sus mujeres, a sus hijos y a los amigos que los habían acompañado.

Del otro lado decía:

“...si con verdad y rectitud habéis obrado respecto a Yerubbaal y su casa en este día, disfrutad con Abimeleq y él también disfrute con vosotros. Pero si no, salga de Abimeleq fuego que devore a los habitantes de Siquem y Bet-Mil-ló, y salga también fuego de los habitantes de Siquem y Bet-Mil-ló que devore a Abimeleq”.

Dice la Escritura que Jotam huyó inmediatamente y se puso a salvo para lo cual marchó a Beer, donde permaneció por miedo a su hermano que reinó durante tres años.

“Luego suscitó Dios un mal espíritu entre Abimeleq y los habitantes de Siquem, y los siquemitas traicionaron a Abimeleq; devolviendo de esta suerte la violencia hecha a los setenta hijos de Yerubbaal y haciendo recaer su sangre sobre su hermano Abimeleq, que los había matado, y sobre los habitantes de Siquem que le habían ayudado a matar a sus hermanos. Así pues, los siquemitas le colocaron en las cimas gente emboscada, que saqueaban a cuantos pa-

saban junto a ellos por el camino, de lo cual se dio aviso a Abimeleq”.

Los siquemitas lo traicionaron. Hubo quienes se emboscaron, es decir, se hicieron guerrilleros. Otros se ocuparon en destruir la imagen del tirano y, amparados en la oscuridad, arrancaban la epidermis acartonada de los muros. Pero hay ojos de Abimeleq, dedos, pedazos del uniforme de gala, letras de su nombre, que sobreviven a la destrucción de los carteles. No es posible borrar su imagen por completo. Es que Abimeleq se les ha pegado. Un siquemita, completamente desnudo, de pie sobre girones de carteles, se arranca su propia piel mientras profiere terribles anatemas.

—Eso no te lo van a entender —dijo Sebastián, mientras el Sordo hacía brotar de la boca del que se desollaba a sí mismo, un nubecilla cargada de improperios.

—Sin embargo es clarísimo.

Observamos que la tristeza de los rostros era notoria aun cuando las gentes fueron a celebrar la ascensión de Abimeleq y la ciudad se vistió de fiesta.

—También ellos perdieron la alegría hace tiempo —explicaba el Sordo—. Antes circulaban chistes a propósito de los gobernantes y la chanza era compartida por todos. Pero con Abimeleq es diferente. Como si la imaginación y la inventiva se hubieran agotado. De Abimeleq nadie se ríe, nadie es capaz de descubrir su lado cómico. En otro tiempo el espíritu satírico era esencial en la vida política de Siquem; se lo consideraba necesario y oportuno. Los siquemitas se han olvidado de la risa, y los viajeros que llegan a la ciudad aseguran que les extraña la ausencia de aquella alegría que muchas veces les hacía escoger esa ruta aunque no fuese necesaria. Abimeleq, que nunca ríe y cuya sonrisa es rara y deplorable, se les ha pegado. El pueblo está perdido si no comparte, aun en las horas más amargas, al-

guna forma de entusiasmo —afirmaba exaltado por el vino—; por eso, ni Jotam ni los emboscados pudieron destruir fácilmente a Abimeleq, porque éste era fuerte y a ellos le faltó alegría.

“Abimeleq combatió contra la ciudad todo aquel día, la tomó, mató a la gente que había en ella, arrasó la ciudad y la sembró de sal”.

Siquem arrasada por el fuego salido del cambrón. Arde a lo lejos. En primer plano: la torre, último refugio de los siquemitas. Los ejércitos de Abimeleq avanzan contra ella. Es el fin. Ya nadie piensa sino en la derrota. Los exitistas se han pasado a las filas del tirano.

“Entonces cortó también toda la gente cada uno una rama, siguieron a Abimeleq, colocaronlas contra la fortaleza, a la cual con ellas prendieron fuego, de suerte que murieron también todas las gentes de la torre de Siquem, como unos mil entre hombres y mujeres”.

—Ese estilo de lámina de Épinal que lograste, Sordo, es una pegada —decía Sebastián—; los grabadores suelen ponerse cerebrales o preciosistas.

—Lo hago para el pueblo. Fijate en esa matrona que se asoma a lo alto del muro para dejar caer la piedra sobre Abimeleq. Es de las que se encuentran en las ferias. La gente entiende lo que le muestran si de algún modo se reconoce en ello.

“Después Abimeleq marchó a Tebés, a la cual puso sitio y tomó. Había en medio de la ciudad una torre fuerte, donde se refugiaron todos los hombres y mujeres, los habitantes todos de la ciudad, que encerrándose dentro, subieron al techo de la torre. Abimeleq llegó hasta la misma, la combatió y se acercó hasta su puerta para prenderla fuego. Entonces

una mujer arrojó un pedazo de muela de molino sobre la cabeza de Abimeleq, y le fracturó el cráneo”.

—Abimeleq exterminó a los desesperados pero cayó aniquilado por una mujer inspirada. ¡Tenía que ser una mujer! —exclamó Alondra.

—Pero no se le concedió toda la gloria —dijo Sebastián que se recocijaba en contradecirla—. Tan- ta gloria para una sola mujer no era posible. En esto estuvo bien el cronista, en aclararlo. Después de todo no podrás negar que Abimeleq posee cierta grandeza, y hubiera sido una lástima disminuir su dimensión atroz y avasallante, en contraste con los siquemitas que, aun en la oposición, no hicieron otra cosa que servirlo. Sordo, hacele el gusto a Alondra; grabala a ella arrojando la piedra y dejá que Abimeleq muera a causa de la pedrada.

El Sordo advirtió que lo sugerido por Sebastián cuadraba mejor con su propósito, y el último taco, que ya había empezado, quedó a medio hacer, y al fin fue a parar al fuego con todas las demás cosas que se le negaron a la hoguera de la posteridad:

“El apresuróse a llamar al joven que le servía de escudero, y le dijo: “Desenvaina tu espada y márame para que no se diga de mí: Una mujer lo mató”.

No faltó nunca la damajuana de vino mientras acompañamos al Sordo en la creación de la serie “El Cambrón”; vino que encendía nuestro ánimo y estimulaba al Sordo para grabar sin descanso. Y cada vez que le alcanzaban un vaso colmado, lo levantaba en gesto ritual y decía: “¿Habré de renunciar a mi mosto que alegra a Dios y a los hombres?”.

Aquello era, sin duda, lo mejor que había creado el Sordo aunque nos doliera —según la interpretación de Goroztiaga— por lo que tenía de acusación

ácida contra nuestra generación, que se pasó el tiempo cuidando un fruto que al final terminaría por pudrirse en la rama. La higuera, el olivo y la vid eran a su juicio tanto o más condenables que el cambrón. A partir del antiguo texto, era capaz de desarrollar un extenso análisis de la situación actual.

El Sordo, que prefería explorar las posibilidades temáticas sin salirse de lo plástico, casi no participaba de la discusión. Pero nos miraba absorto. Las palabras que no habría de oír nunca eran para él signos visibles. Decía que cada vez se le manifestaba con mayor nitidez la nubecilla que brotaba de la boca del hablante, y que cada uno poseía la suya, que se diferenciaba de las de los demás por la forma, el color y la transparencia.

Al disponerse a plasmar la idea de "El Cambrón", expresó su temor de que no resultara ser lo que deseaba. Quería algo que alcanzase la mayor difusión posible, aunque lo tachasen de pasquín y lo prohibieran por subversivo. Temía que nadie llegase a entender el mensaje de las láminas que se venderían encuadradas en cartulina a precio irrisorio.

Cuando salieron de la imprenta, no fueron muchos los que tuvieron la oportunidad de comprarlas antes que la autoridad las secuestrara, pues no faltó el inquisidor sagaz que se entretuvo en escudriñar aquellas imágenes atrevidas e impresionantes y se ocupó en averiguar quién pudiera ser el grabador anónimo que, junto con el autor de los comentarios, incurriera en tamaño delito de lesa majestad. Pero el Sordo ya se había marchado y tuve que escribirle a Sydney, Poste Restante: Te escribo, Sordo, para que sepas que "El Cambrón" levantó tal polvareda, que fácilmente podrás encontrar a posteriori un justificativo para tu destierro. Supongo que los inquisidores no tardarán en dar con el taller donde se entregarán a una inspección prolija en procura de indicios esclarecedores. Desde ya me atrevo a anticiparles a ustedes el agradecimiento de los de ma-

rras y murrias por el orden en que dejaron las cosas, lo que facilitará sin duda el procedimiento; y me atrevo también a pronosticar que la hoguera de la posteridad que anunciara Sebastián será inaugurada en breve con tus grabados. Goroztiaga, que se embriaga al atardecer desde que lo echaron de la enseñanza, me dijo ayer a las 21 (cuando aún eran posibles las palabras en su nubecilla) que por tu culpa y la suya capaz que prohíben la Biblia por subversiva. Asegura Goroztiaga que la serie de grabados ha herido profundamente a "Abimeleq", a quien últimamente no se le ha visto hacer su acostumbrado paseo matutino en bicicleta por el parque del palacio. Lo ha herido, porque no sólo no has omitido, los ojos oscuros y calculadores, la figura huesuda y constreñida, sino porque lo has hecho sonreír con malicia, a él que jamás sonríe, y también por la lámina titulada "Los generales de Abimeleq", con tantos rostros reconocibles. Si no hubiesen incluido alusiones tan directas, se la habría tenido que tragar sin decir nada. Y antes que su mente se nublara por completo esbozó una teoría de la bicicleta. ¿Porqué el Cambrón prefiere el ciclismo o cualquier otro pasatiempo? Los portavoces oficiales estiman que ello obedece a que seda los nervios de quien tantas responsabilidades tiene por delante en esta hora crucial, y que mientras pedalea a lo largo de las alamedas y a orilla de los estanques, se le aclaran las ideas y se le renuevan las fuerzas, tan necesarias para resolver situaciones harto delicadas. "¡No! —dice Goroztia— No es por eso, sino por lo que la bicicleta tiene de gusto solitario. Reinar para él es eso: un gusto solitario, y cada vez es más espesa la costra que lo separa del mundo. Al Sordo le faltó esa lámina para completar la serie: Abimeleq en bicicleta. Decile al Sordo que fue una lástima que no me hiciera caso. La bicicleta. Símbolo del reino de Abimeleq, digna de figurar en el escudo de armas." Con una carcajada se despidió de

la realidad para hundirse en el letargo de las 22. Te escribo, viejo, para que no te mueras sin saber antes estas cosas (si es que estás a punto de morir de sed como un bicho prehistórico).

La primera vez que me detuve ante el nunca acabado Neocrocosmos después de la partida de los amigos, me vinieron ganas de vomitar, pero como no pude, como quedó en una arcada ridícula, le largué un escupitajo denso que quedó prendido a una osamenta en órbita, para atravesar luego, muy lentamente, un fragmento del fondo negro, como si fuese un molusco espacial. La ausencia del Sordo, de Sebastián, de Alondra y, sobre todo, la ausencia de la gringuita; la soledad sofocante que se apoderaba de mis cuarenta años largos; la incertidumbre del futuro y el no querer reconocer aún el fracaso, me colmaban a veces de una fuerza que parecía sobrehumana, de una rabia excitante que prometía la inmediata disposición para pintar, y haciéndome parecer que ya había atrapado el Esquema que se armaba con extraordinaria rapidez y claridad. Me apuraba a reproducirlo, pero lo que resultaba era solo la ruina de un sueño.

Fata Morgana. Hembra hechicera. La conozco desde tiempo inmemorial; desde que, para seducirme, combinó nitratos y óxidos, me incitó a acariciar líquenes secretos e hizo que respirara el hálito adormecedor de los helechos; probé herrumbres y humedades, maderas calentadas por el sol, y la piedra salpicada de micas donde se dutuvo un lagarto. Me inició en los sabores del mundo, en las suavidades y asperezas que le regalaban asombros a mi mano; y una tarde desplegó ante mis ojos la alquimia de los

colores todos; entonces vieron por primera vez el camino que se inclina en oblicuidad abismal allí donde el Esquema se arma con velocidad prodigiosa y se autodestruye apenas uno intenta adueñarse de su geometría.

Fata Morgana. Cuando me enseñabas lo nuevo, cuando me invitabas a besar la piedra, a acariciar el líquen pegado al árbol seco o a contemplar el bosque vertical de los helechos en el pozo, que, decías, eran cálidos y húmedos como el secreto que escondían las muchachas, le dabas a todo un aire prohibido para que yo deseara con más fuerza. En el principio apareciste en la vecina amable y melancólica que me llevaba de la mano por habitaciones cerradas y sin eco. Abría una caja de cedro donde se guardaban retratos de familiares y de desconocidos, y también postales que alguien había enviado desde Europa en los tiempos cuando existían los reinos cuyos extraños nombres aún podían leerse en las estampillas descoloridas.

Y la vecina sollozaba a veces, aunque no por los difuntos que se habían puesto muy amarillos y estaban próximos a borrarse por completo, porque un día que no me mostró las fotografías de los muertos, ni las postales con bahías iluminadas, bulevares alegres, fachadas de teatros, se aventuró a acariciarme y a besarme y lloraba más que nunca. Descubrí que el sabor de la piedra, el hálito de los helechos, los musgos y los líquenes, el óxido y los nitratos, estaban en ella. Y cuando poseí su cuerpo opulento y cálido, el Esquema duró más que otras veces, y la segunda vez más que la primera, pero no puede apoderarme de él.

Y ahora que estoy convencido que ya no volveré a presentirlo, que no se me revelará nunca más ni por el más breve de los momentos —pues Fata Morgana me sedujo para desfibrar mis sueños—; ahora que estoy solo y lleno del frío implacable que sopla

desde el Necrocósmos, me siento sin fuerzas para proseguir y sin coraje para renunciar.

“Vos que sos el pintor de la desolación, largá todo y venite con nosotros”. ¿Pero a dónde puede irse uno, que se libere de ese peso excesivo, de la acumulación de cosas que se han ido guardando por las dudas, por si algún día te sirven para algo, hasta que te das cuenta que no son más que trastos, y que ya eran viejos cuando te los vendieron con la recomendación de que los cuidaras con celo porque de ello dependía la supervivencia de una cultura? Y no los podés mandar definitivamente al diablo, porque te asalta el miedo a quedarte vacío, y ya no estás en edad para salir a buscar cosas distintas con que amoblar el espíritu, ya no hay tiempo de juntar todos los libros que se necesitan para empapelarlo a nuevo. No hay más remedio que seguir con lo viejo. Alguna aportación novedosa puede, de tarde en tarde, distraerte con una luz diferente. Pero siempre prevalece lo que ya estaba.

Quisiera que alguna vez puedas decirme, Sebastián, a dónde se puede ir que no te joda el escozor que produce el roce con lo viejo, que te llena de verdín y te pudre el forro. Cuando veas y toques los esqueletos de los saurios que se murieron de sed, sentirás una emoción extrema, como la que yo sentía de niño cuando exploraba los sabores del mundo; pero entonces llevaba una ventaja, pues aún no se me habían adherido a los ojos los cristales que nos dieron después para poder interpretarlo.

Me pregunto si tendrá sentido terminar el Necrocósmos, que todavía no sé qué quiere ser, si una expiación gigantesca o el último cuadro de la película de la historia. Me pasa por pretender demasiado, por querer acercarme, en lo posible, al Esquema sin saber a ciencia cierta qué significa. Me faltó la ingenuidad que tenía el Sordo cuando se ponía a crear. Todo le fluía porque no se daba a partir de una intención definida, sino que ésta se mani-

festaba en la acción misma. Pero el Sordo tenía el privilegio de no poder oír el canto de sirena de las palabras, y como solo las veía, podía dominarlas plásticamente.

Tengo ganas de romper el Necrocósmos, enterrar la pintura y quedarme solo con la trementina. Tenía razón el Sordo cuando decía que el perfume de la trementina puede llevarte a transitar por rutas insospechadas donde de pronto podés encontrarte de manera inesperada, con algo que perseguiste durante años". Años sombra —agregaba Sebastián—. Así como la historia del Universo se cuenta por años luz, la de los hombres puede calcularse en años sombra."

Por las avenidas que abre la trementina, blandas, cambiantes, iluminadas de crepúsculo verde, ¿no he de reencontrarme con Neerit?, ¿no he de pedirle las claves?

Después de la vecina, Fata Morgana se llamó Neerit.



Eran los años míticos señalados por la paz política y la prosperidad, cuando los tranvías llenaban las calles de música. Yo concurría a los conciertos de los sábados y una vez, durante un adagio, descubrí los ojos de Neerit en la penumbra del paraíso.

Habían pasado los días sin fecha en que me entregaba al aprendizaje esotérico de los sabores minerales y orgánicos de la tierra. Se diluían, próximos al olvido, familias de recuerdos laminados, guardados en la caja de cedro, que, a su vez, era guardada en el ropero imponente en cuya luna diáfana parecía más pequeño el cuerpo de la vecina quien, de pronto, se olvidaba de la presencia de aquellos personajes que conservaban su dignidad cuando eran desparramados sobre la alfombra, debajo de la cama, sobre los almohadones, entre la ropa que nos sacábamos ansiosos; nos olvidábamos de los naipes amarillentos con los rostros de los tíos, de los bisabuelos, de los niños fallecidos prematuramente. El amor triunfaba sobre las barajas de la muerte.

Ahora era necesario escuchar y leer, comprender el Arte, el Tratado de la Desesperación, La Náusea y la música de Bartok. Asimilar lo bello, los venenos y las hieles. De lo oculto a lo culto. Por eso, cuando los ojos de Neerit, al final del adagio, concentraron el reflejo de los metales que se disponían a emprender un allegro maestoso, se derrumbó la casa de la vecina, tapé el pozo de los helechos, maté al lagarto y desgarré líquenes y musgos.

No pasaron muchos días antes de que trabáramos amistad, pues la volví a ver en los corredores del Instituto, en la biblioteca, en las exposiciones.

El barrio donde ella vivía era de los más alegres de la ciudad. Un aire claro chorreaba sobre las fachadas. Las puertas entreabiertas descubrían abigarramiento de macetas en las que crecían la cretona, el corazón de estudiante, el malvón, el esqueleto de caballo, la alegría y el culandrillo; había ancianos inmóviles, de venerable transparencia, dentro de resplandores que irrumpían por las claraboyas; habían mujeres rollizas en los umbrales y niños que dejaban los juegos y las riñas cuando los vendedores de pizza, de churros, de barquillos, cantaban su melopea bajo los plátanos.

La dicha que salían de las casas sabía a hojaldres y a manteca, a orégano freco y a tomillo.

Pasaban lavanderas con enormes atados de ropa sobre la cabeza. Ropa de viejos, de adolescentes, de niños, de putas y de vírgenes: el mundo encerrado en un trozo de cotín tan limpio como descolorido; el mundo perfectamente equilibrado sobre la cabeza jocunda, roja de vino e intemperie.

Me paraba ante la puerta de hierro forjado como ante un límite mágico. Tocaba el timbre y aguardaba a que la imagen deseada volviera a crearse en la penumbra distante de la sala, en el umbral de la cancel, entre los mármoles rojos del zaguán, tras los vidrios de la puerta de calle, donde la quinta de enfrente parecía sumergida en un acuario abandonado.

(Cuando salís, estás triste. Estamos tristes y amamos la tristeza. Si no vamos a playa cercana que se abre a la bahía, donde en otros tiempos se paseaban damas de alabastro, corpiño y miriñaque, abier-

tas las sombrillas, y donde ahora hay cascos oxidados, madera podrida, esqueletos de perros y de pájaros, y moco de petróleo; si no vamos allí, podemos tomar el tranvía y bajarnos en el otro extremo de la ciudad, entrar al cementerio y cultivar una tristeza de siglos que certifique nuestra existencia y nos permita adentrarnos en los libros medulares que los profesores citan con respeto).

Si nos hubiésemos atrevido a romper el pesado velo que tejimos durante dos años y, en el abandono de la playa o en la sala en penumbra hubiese recuperado en tu cuerpo el de la vecina, quizá no te hubiese perdido.

Fue en el ocaso de los tranvías.

Los tranvías eran alegres, y quienes viajaban en ellos amaban la vida, no tenían prisa y seguían el compás de la marcha con verdadero deleite. Del techo pintado de blanco y con molduras de sobrio estilo inglés, colgaban lámparas de bronce y opalina. Las puertas, que se cerraban cuando hacía frío y separaban al conductor de los pasajeros, tenían ventanitas redondas como las de los barcos, lo que correspondía perfectamente a la cara de almirante de algunos conductores.

Cuando el tranvía se detenía, todo se detenía. Primeramente los cuerpos gordos que se quedaban inclinados hacia adelante hasta que el impulso del arranque los volviera a su lugar, después los pasajeros que viajaban de pie y por último, siempre que el tranvía se detuviese por un lapso bastante prolongado, los anuncios móviles: el hombre feliz que se afeitaba y la mujer morena que hundía sus manos en la espuma inverosímil del mejor jabón del mundo.

Neerit parecía feliz cuando viajábamos en tranvía, y dejaba que le besara las mejillas. Los domin-

gos recorriamos la ciudad y gozábamos el sol invernal que calentaba las ventanillas polvorientas del coche casi vacío. Hablábamos de libros que yo nunca acababa de leer o tarareábamos temas de sinfonías y conciertos mientras el tranvía cantaba a su manera.

Cuando la municipalidad anunció que iba a proceder al retiro de los tranvías por considerarlos anticuados, no pude menos que sentir una honda congoja porque la magia que me consolaba de la pobreza tocaba a su fin, y porque el tranvía era el único lugar donde nuestra relación se parecía al amor.

El último coche se llevaría para siempre a las lavanderas, a los vendedores ambulantes con sus grandes canastos, a los jubilados estoicos o risueños, a los enamorados pobres. Entraría en la estación definitivamente, con el conductor, el guarda y con quienes no se resignaran a abandonarlo. Todo el mundo en silencio, sin atreverse a descender, decididos a quedarse allí hasta consumirse sobre los asientos de paja vieja y no ser más que ropa rellena de paja, con rostros acartonados y ojos de taxidermia. Quedan a la espera del empleado que venga a recogerlos con sus manos manchadas de grasa y nicotina para amontonarlos en un rincón y prenderles fuego. Al otro día, meses después, diez años más tarde, llegarán los mecánicos, desarmarán el tranvía y extraerán de su estructura la estridencia póstuma. Toda la música hecha pedazos. El juicio final de la orquesta. Mejor es que el tranvía siga circulando por el mundo, ahora que no hoy horarios ni recaudaciones. El conductor se siente liberado como todos nosotros, y el guarda puede charlar a sus anchas con los mandaderos que viajan en la plataforma. Ríen como niños porque el tranvía ha sido borrado de los servicios municipales y pueden marcharse a cualquier parte por praderas y desier-

tos tibios, a través de bosques cuyas flores pueden alcanzarse fácilmente desde el asiento.

No es posible bajar del tranvía, según la condición impuesta por el conductor. "Pueden sacar la mano y tomar lo que quieran, pero no salgan. Si lo hacen se disolverán en el aire". Hay que ver cómo disfrutan las lavanderas y los viejos a quienes ahora se les permite fumar en el coche. Nunca soñaron este viaje. Todos los quilómetros que, durante años, recorrieron dentro de la ciudad hasta conocerse de memoria las casas, los desvíos y los ruidos diversos de las ruedas en los distintos tramos, todo y mucho más, la compañía se los ofrece en línea recta, pasando por los trópicos y los continentes. CONOZCA EL MUNDO EN TRANVIA. ¡VIAJE AHORA Y NO PAGUE NUNCA! Excursión para lavanderas y soldados; jubilados y solteronas, obreros y vendedores ambulantes; para enamorados pobres.

La lavandera llora de felicidad. Va hasta la plataforma delantera y desata el lío de ropa. Saca unas sábanas que huelen a sol y se las da al soldado, quien trepa afuera y sube al techo.

—¿No se disolverá en el aire? —pregunta alguien.

—No, si no abandona el tranvía —contesta el guarda.

La idea ha sido espléndida. Las sábanas sujetas al trole se despliegan al viento a modo de velamen. Ahora me explico porqué el conductor tiene cara de almirante.

—Son de la amante del ministro...

—Entonces viajamos en misión oficial. Podemos llenar el tranvía de contrabando.

—Imposible navegar sin bandera. No nos dejarán entrar en los puertos.

El soldado saca una enagua celeste del atado y la sujeta a la cuerda del trole. El viento le presta a la bandera infinidad de cuerpos escurridizos.

Ignoro por dónde vamos. Miro los ojos de Neerit sin importarme ahora qué hacen los demás. Tampoco ellos se fijan en nosotros. La beso lentamente.

El tranvía sigue.

—Basta de tranvías, protesta Neerit mientras se alza el cuello del impermeable.

Ha comenzado a llover y estamos lejos de su casa.

—No quiero oír más tus fábulas. Mejor seguimos callados.

—No son fábulas, querida. Ahora el tranvía se hunde en el mar. Lento, lentísimo. La sábana flota aún sobre las aguas, y podría contarte maravillas de lo que vemos en las profundidades. La lavandera está en éxtasis...

—Basta, no sigas.

—...y el soldado arranca trozos de coral para regalarle a la novia. Ahora está muy oscuro allá abajo. El almirante se guía por las señales luminosas de los peces.

—Bueno, no te aguanto más.

Neerit corre, me abandona. Creo que alcanza a oírme cuando grito: "Si el tranvía se hundió fue por tu culpa".

No recuerdo con exactitud qué pensé ni qué hice durante meses, después que Neerit se disipó en la lluvia, aparte de abandonar las clases, los conciertos y la biblioteca. Fue un tiempo vacío y saludable.

Y un día empecé a pintar porque tenía rabia; no como vos, Sordo, que te enamoraste de la trementina, ni como vos, Sebastián, que cuando naciste te pusieron los pinceles en la mano y antes de aprender a decir caca ya dibujabas unos nubarrones cargados de presagios sobre los que se inclinaba la familia asombrada, tratando de descifrar los mensa-

jes del fenómeno que hasta hacía pocos meses pertenecía a la nada. Paisajes placentarios. Ya se decía que eras una promesa, y lo seguirás siendo hasta la víspera de tu muerte.

Sí, porque tenía rabia. Vendí los libros que habían sido abiertos solo hasta la mitad porque nunca quise saber cómo terminaban. Temor a desilusionarme. Los que no vendí los destripé para hacer collages o para limpiarme. Mandé al diablo a filósofos y poetas y te juro que me sentí aliviado.

Fue un tiempo sano del que conservo algunos chirimbolos comprados los domingos en la feria y los retratos que tomaba a escondidas a las porteras de los quilombos mientras esperaba turno, o a las bañistas en la playa. Otras cosas de aquel entonces suelen aparecer inesperadamente en el fondo de los cajones.

Con Sebastián, el Sordo y Goroztiaga, nos dábamos el lujo de perder el tiempo, de no hacer nada, de renunciar a pintar, de pasarnos días en el rancho del Goroztia con mujeres grotescas e insaciables que bailaban el vals y tomaban vino tinto. La política nos importaba un cuerno. El Sordo nos prestó la sordera. El mundo calló para quienes nos reservábamos para un tiempo próximo que casi podía alcanzarse con la punta de los dedos. Vivíamos al cohete, es cierto, pero la "semana próxima", el "mes siguiente" a más tardar, empezaríamos en serio a plasmar una idea grandiosa por la que habríamos de llevar una vida ascética consagrada por entero a la misión irrenunciable.

"Esto también hay que vivirlo", decía Goroztia mientras las ménades, que siempre pedían más, nos borraban del almanaque las semanas y los meses.

El período de purificación se estaba prolongando demasiado. Entonces decidí abrirme y concurrir cada vez con menos frecuencia al rancho y al taller. Una estudiante de Derecho que había perdido el

rumbo y soñaba con ser azafata me acompañó un tiempo. Pero cuando dije: ahora sí; cuando me siento frente al caballete dispuesto a comenzar de una vez por todas lo que creía ya maduro para proyectarse en un cuadro, me encuentro con que en lugar del Esquema hay una miserable sensación de fractura. Puteé hasta quedarme sin voz, mientras la pobre estudiante temblaba de miedo y no se animaba a acercárase por temor de que ya estuviera definitivamente loco. Una vez sereno, le dije que tampoco servía para azafata porque las azafatas no se asustan ni aun cuando el avión está a punto de estallar a diez mil metros de altura. Se marchó ofendida, y otra vez me quedé solo.

A ellos les pasó después y era una fija que no podían evitarlo.

“Por primera vez veo de veras los horribles nubarrones que pintaba de chiquito” —se lamentaba Sebastián.

Y lo que hicimos a partir de entonces, lo hicimos con dolor y rabia. No era eso, no, lo que habíamos buscado, pero algo había que hacer para justificar de algún modo la larga e inútil espera.

—¿Te das cuenta, hermano —decía Goroztiaga— que nos rifamos al pedo? No voy a buscar ni culpables ni atenuantes, pero tengo la sensación de haber sido burlado. Aquí estamos como extraños, igual que en velorio ajeno; nadie nos ve ni nos oye.

Y contaba que cuando era niño le hablaban siempre de la casa del tío Eustaquio y él se la imaginaba cada vez más grande, con puertas que se abrían a nuevas habitaciones que no había imaginado antes, donde lo esperaban objetos extraños, personajes de leyenda, animales traídos de junglas lejanas y relojes de complicados mecanismos. Pero una vez que lo llevaron a lo del tío Eustaquio porque el viejo estaba a punto de morir, después de viajar una hora en tren penetró en la casa que era

como casi todas las casas y en donde no vio otras cosas que aquellas que se ven en cualquier parte. Los cuartos deshabitados no escondían más secreto que una tabla de planchar, sillones y armarios desvencijados. “Lo único que me llevé de allí fueron cajitas de medicamentos vacías y algunos libros de autores clásicos, y también las palabras ahogadas del viejo enfermo que me recomendó iniciarme en el hábito de la lectura. Por eso doy clases de literatura, porque el tío Eustaquio me regaló antes de morir sus libros baratos forrados en papel azul”.

Quien no perdía del todo la alegría era el Sordo. Siempre encontraba motivos interesantes y nos alentaba cuando nos veía desolados. En ese tiempo ya habíamos entrado todos en “la casa del tío Eustaquio” para darnos cuenta que la realidad no correspondía a nuestras quimeras y que era necesario empezar de nuevo y revisar todo lo que nos había sido vendido como auténtico. Y el Sordo era el único que creía que se podía llegar.

—No hay duda que nos aventaja —afirmaba Sebastián— porque a él no le ha entrado tanto veneno como a nosotros. Conserva regiones diáfanas. Cuando pienso en el período de nuestra deformación, me parece advertir los movimientos de unos personajes que vigilan tus actos, se pasean por los patios de las escuelas, dosifican las tentaciones y se encargan de que no veas más de lo necesario para que seas lo que tenés que ser. Cuando te das cuenta, ya sos un hombre de confección. Habría que ser o sordo o ciego, es decir, estar un poco mutilado para evitar que te mutilen del todo”.

Siguieron años que poco se diferenciaban entre sí; me daba cuenta de que lo que pintaba no era

más que una aburrida crónica de claudicaciones.
Y tenía que seguir pintando aunque lo hiciera casi
sin ganas, ya que me faltaba coraje para probarme
en otra actividad.

No había duda que Neerit se había llevado consigo piezas fundamentales, sin las cuales yo no podría terminar de armar "aquello" vagamente sugerido. ¿Por qué, si no, esa sensación pertinaz de haber perdido allá lejos algo cuya carencia hacía vano todo intento de aproximación al Esquema? Traté de reconstruir el pasado con la misma prolijidad con que se reconstruye un crimen. Recordé fechas y lugares, llené carillas con diagramas, anotaciones, frases rescatadas. Y una tarde fui al barrio.

Bajo el asfalto gastado se insinuaban adoquines, y rieles que en las bocacalles aparecían brillantes como sables que rompían por dentro la piel negra y carcomida. La playa había seguido acumulando la suciedad del puerto.

No era posible reconocer la casa desaparecida bajo los caprichos reformistas de sucesivos propietarios. El acuario había desaparecido. En su lugar, una puerta maciza y gris permitía suponer que los mármoles del zaguán habían sido arrancados. También había desaparecido la quinta de enfrente y en su lugar se levantaba un edificio parecido a un templo. Estaba abierto y se me ocurrió pensar que ella pudiera estar allí en espera de la verdad o de la música, o aguardándome para devolverme las claves que se había llevado la tarde cuando se hundió el tranvía.

Empujé la hoja entornada que olía a barniz fresco. Menos los asientos lustrados, el interior estaba

pintado en un tono cerúleo que invitaba al descanso. Lamenté que no hubiera nadie sentado al armonio y que Neerit no estuviese a mi lado para reclinar la cabeza sobre su hombro. Me dejé caer sobre un banco para disfrutar de aquel silencio, y ya debería de estar a punto de dormirme cuando una mano tenue se apoyó sobre mi espalda. Junto a mí estaba un personaje que no era viejo ni joven, que podía tener cincuenta años pero también treinta, dentro de un traje impecable. Sus ojos acuosos desaparecían a veces tras los reflejos de sus lentes montados en alambre de oro.

—Bienvenido —dijo—, sea usted bienvenido.

—No sé si debo disculparme por haber entrado sin permiso.

—Me alegra que lo haya hecho, porque está usted en su casa.

—Supongo que este es el templo de alguna nueva religión. Mire, entré por casualidad después de haber buscado por los alrededores una dirección improbable.

—Bueno, usted llama a esto casualidad; yo creo que es otra cosa.

—Lo cierto es que quería descansar un poco. Veo que tienen un armonio. ¿Tendría la amabilidad de ejecutar algo?

—Encantado. Pero antes me gustaría conversar con usted, pues me interesan las personas que vienen por "casualidad".

(No conocés la ciudad en que vivís. No, no la conocés. Si marcaras en el plano los lugares que te son verdaderamente familiares, apenas dispondrías de casas, calles incompletas, esquinas, plazas y azoteas para armar un pueblo grotesco. Antes, cuando eras muchacho, y te aventurabas con la pandilla a caminar y caminar sin rumbo fijo, y hacia el atardecer rompían algún farol, apretaban todos los timbres

de las casas de apartamentos, corrían, entraban en un edificio abandonado, destruían allí lo poco que quedaba por destruir, tiraban piedras a los perros de los bichicomos, y huían cuando éstos surgían de su siesta infinita de entre montones de desperdicios para mandarlos al carajo, antes, conocías mejor la ciudad. Pero se te ha ido borrando. Cada vez te quedan menos esquinas, se hundieron las azoteas, las plazas apenas existen. No, no la conocés. Tampoco a la gente que habita en ella, y menos aún a los misioneros que vienen por salvar la ciudad perdida, los ángeles para la paz, saludables e higiénicos, que saben cómo hacer para ganar amigos e influir sobre las amistades, e indican el camino, la verdad y la vida).

—No tengo inconveniente en quedarme y hablar con usted, si me promete que después tocará algo al armonio.

—Naturalmente. Será un placer para nosotros satisfacer su gusto. Mi esposa tocará algo.

Me hizo pasar a la salita contigua que servía de escritorio y biblioteca.

—Aquí conversaremos más cómodamente.

Todo era nuevo, y desde los libros prolijamente ordenados, las flores, los cuadros, hasta la figura impecable de mi interlocutor, parecía haber sido plastificado esa misma tarde. Me miré los zapatos, los pantalones arrugados, la campera gastada, y no tuve ninguna duda que su mirada trataba de averiguar si por dentro no me encontraría en idéntico estado de abandono. Le hubiera dicho: a mí también me querés plastificar después de una buena limpieza; plastificarme para que no se me pegue la mugre del coito barato y el vino venenoso.

—¿Nunca oyó hablar de nuestra misión?

—Nunca. Es que debe hacer poco que llegaron.

—¡Oh, no!, se equivoca. Los primeros llegaron hace alrededor de treinta años.

—Pero aquí...

—Sí, aquí en este barrio hace poco que estamos. La semana pasada inauguramos el local. Es emocionante comprobar con qué entusiasmo concurre la gente sedienta en pos de la Verdad.

(Un día llegaron hombres altivos y empecinados, inevitables en el comienzo de toda empresa que aspire al éxito, y dijeron: "Aquí mismo". Pasaron sobre la cerca derribada, sobre la pasionaria que se había aferrado a ella y señalaron el lugar donde se construiría el templo. Aquí mismo. No debió transcurrir mucho tiempo antes de que jóvenes voluntarios y fornidos llegaran en un camión dispuestos a talar y quemar, a cavar zanjas para los cimientos, a levantar paredes ante la curiosidad de los vecinos que volverían después a enterarse de la Verdad, descubrir su miseria espiritual y querer ser buenos como aquellos, a quienes, en un país septentrional y lejano, un enviado de los Cielos había revelado dónde se hallaba el libro dorado con la verdad definitiva. Habían desaparecido acacias y naranjos, el muérdago y los eucaliptos resecaos, y en su lugar se alzaba un edificio con puerta de sucursal bancaria y ventanas ojivales. Nada menos que la Verdad).

—Me extraña que aún no esté enterado, que nadie le haya alcanzado alguno de nuestros folletos. El Maligno tiene sus artes para cerrar los ojos y los oídos de las criaturas. ¿De veras nunca oyó nada?

—De veras que no.

—Nos llaman los Angeles para la Paz, designación que aceptamos sin arrogancia, entiéndase bien, si convenimos que "ángel" significa ante todo: mensajero. Eso somos: mensajeros de una nueva que conquistará la tierra para recuperarla.

(Al menos vos ya "recuperaste" un pedazo, porque aquí había una vieja quinta en la que nunca

quise entrar, vaya a saber uno porqué, pero que yo quería porque enfrente vivía una novia extraña).

El ventanal estaba abierto. A través de las cortinas transparentes, pude ver más de aquella porción de mundo recuperado; no había árboles inútiles, sino césped muy cuidado sobre el que jugaba un niño con grandes cubos de colores, mientras una mujer de rostro enjuto se ocupaba en juntar hojas secas, papeles, cosas que traía el viento y que conspiraban contra la unanimidad del verde. Imagen de revista. La familia sana y feliz que consume alimentos integrales. Estaba el hombre tan orgulloso de su familia, que dejó de hablar para que pudiera solazarme a gusto con el cuadro.

Se puso de pie y señaló el retrato de una dama que, un día de setiembre de 1910 recibió el llamado en un pueblito de Virginia.

—¡Jane Scranton!— y se quedó mirándola como si esperara que se produjese un milagro y la sepia del cuadro comenzara a vivir y los ojos de la bienaventurada dejaran su fijeza para mirarnos, sonreírnos e invitarnos a pasar a su mundo de claridades y equilibrios.

Aquel día de setiembre, un varón resplandeciente descendió hasta el lugar donde ella preparaba dulce de ciruelas que la abuela paralítica devoraba con fruición. “Ven conmigo” —dijo al resplandor antropomórfico—, pero Jane respondió que no podía abandonar a su abuela ni al dulce que se pegaría contra el fondo de la olla. “Oh, no temas” —dijo el varón—, “nada te pasará. El tiempo habrá de detenerse para que conozcas el Gran Secreto”.

“Antes de partir —escribe la piadosa Jane en sus memorias— el Varón de Luz tocó mis labios con su vara y sentí primero un estremecimiento, y luego como si una llama recorriera mi cuerpo. Entonces me dijo: —Ahora tu boca se abrirá para predicar la Verdad”.

Se encontraba en un huerto desconocido. Voces

lejanas cantaban un himno arrobador. De pronto vio que la tierra se abría a sus pies y apareció un arca como de diamantes dentro de la cual estaban las planchas de oro del libro de los Nethinim y también el cristal mágico que permitiría descifrarlas. El Varón dijo: "Revelarás al mundo este nuevo pacto para que los hombres sepan cómo hacer para recuperar el paraíso perdido".

Sin saber cómo, Jane llegó a su casa. El dulce no se había quemado y la abuela se hamacaba como siempre en su sillón de Viena mientras masticaba tedio con las encías desdentadas. Subió a su habitación y, antes de esconder las planchas entre la ropa blanca, contempló de hito en hito las superficies bruñidas cubiertas de runas. Se acercó a la ventana y, con ayuda del cristal mágico, alcanzó a descifrar los primeros signos que aparecieron traducidos en perfecto inglés: "Palabra de Dios a los Nethinim..."

Jane confió el secreto a su amiga Miriam, y cada tarde se reunían en la habitación para traducir el libro. Mientras Jane dictaba, Miriam escribía. Al expirar el plazo concedido para la traducción, apareció el Varón de Luz y le dijo a Jane: —Ven conmigo. Ella lo siguió hasta que él se detuvo y le tocó nuevamente los labios con su vara. Antes de desaparecer dijo: —Ahora ve y predica.

(Cuando se lo cuente a Goroztiaga va a reventar de risa).

—Historia curiosa, sin duda. ¿Puedo preguntarle dónde se encuentran esas extrañas planchas de oro?

—Mejor haría en preguntar qué está escrito en ellas. Lo importante es el mensaje.

—Comprenderá usted que no es tan fácil para mí creer sin más trámite en la historia de Jane Scranton más allá del dulce de ciruelas y la abuelita postrada.

—Cuando conozca usted el contenido de las planchas doradas quizá cambie de actitud. Vea usted; aún no sabe de qué se trata y ya está predispuesto

contra ellas. ¿Por qué? Porque razona, y lo hace a partir de principios que considera infalibles, sin que se atreva a ponerlos en tela de juicio. Por ejemplo, supone que entró aquí por pura casualidad o, a lo sumo, por simple curiosidad. Porque la puerta estaba abierta. A decir verdad, apenas estaba entornada y usted debió empujarla para poder entrar. El último en salir creyó que un ligero movimiento bastaba para cerrarla, sin volverse para comprobar si efectivamente se había cerrado. Y entró usted, no como un ladrón, sino como quien espera encontrar algo. Se sentó y quedó adormecido. ¿Qué esperaba? No pretendo que lo confiese, pues ni usted mismo ha de saberlo. Su razonamiento excluye la posibilidad de que una fuerza superior lo ha impulsado. No pretendo frozarlo a cambiar de opinión. De ninguna manera. Solo le sugiero que medite sobre un hecho aparentemente muy simple: ¿por qué entró usted al templo? ¿Acostumbra entrar de ese modo en lugares que no conoce? Afuera hay un cartel con los horarios de las reuniones. Si lo vio, ¿por qué entró de todos modos? ¿Sucedio acaso que no lo vio o que no quiso verlo porque lo imperioso era entrar? Entiéndalo bien: no quiero presionarlo. Solo le pido que medite tranquilamente sobre este suceso al parecer tan insignificante. Después tendremos tiempo de hablar de lo otro, de las planchas doradas, de su contenido, del mensaje que nos ha sido confiado. Por el momento piense en usted, en su situación en el mundo. Hay una frase que suelo citar en mis sermones: "Todos somos responsables del rostro que tenemos a los cuarenta años". Por favor, no quiero que lo tome como una ofensa, pero no es paz interior precisamente, lo que refleja su rostro. Solo después de haber logrado la pacificación del alma, puede el hombre emprender dignamente el camino de la Verdad. ¿No aspira usted a ser otro hombre, libre de tormentos y barreras que le cierran el camino hacia la luz? Espero que vuelva con la misma fran-

queza con que entró por primera vez a esta casa. Oraremos por usted y por los suyos. ¿Tiene usted familia?

Entonces tuve el placer de mentirle. La historieta de la Scranton, las planchas de los Nethinim, la plastificación del mundo, el césped cuidado, la mujer enemiga del viento, el niño robusto, me indujeron a mentir.

Le dije que sí, que estaba casado con una actriz venida a menos que teníamos dos hijos enfermizos que nunca tomaban sol y que a menudo se quejaban de hambre; que vivíamos acosados por los acreedores y que yo no trabajaba porque no tenía ganas, porque me sentía enfermo; que la mayor parte del día la pasaba durmiendo mientras mi mujer salía sin que a mí me importara saber adónde. Cuando me venían ganas, pintaba unos cuadros que no le gustaban a nadie porque les faltaba color.

—Lo único que busco, aunque parezca cruel, no es el pan para mis hijos ni la felicidad de la familia, sino el color. Por eso estoy condenado, pues nadie entiende que uno pueda pasarse la vida buscando el color en vez de hacer algo útil. Y si me quedé aquí fue sólo por el cerúleo de las paredes. No es el tono exacto, pero quizá con menos luz y un poco de música litúrgica se podría llegar a gozarlo en su plenitud. Por eso me quedé; nada más que por eso. Esperaba que la luz disminuyera y que alguien se sentara al armonio.

Volví al relato de las miserias domésticas. Insistí en destacar los ascos e incomodidades que compartía con la familia imaginaria, tratando de descomponer el equilibrio irritante que había entre las partes del rostro de mi interlocutor. No fue posible. Mantenía, pese a todo, la expresión de consejero social, de ejecutivo dueño de sus reflejos, de rotario seguro de su posición en el mundo: plastificado a prueba de cualquier forma de erosión. Trató de darme ánimo con una palmadita en el hombro, mien-

tras aseguraba que había conocido y tratado casos mucho peores.

—Busca usted algo y supone que se trata del color, porque aún no se atreve a darle otro nombre. Ya verá que todo se soluciona.

Me invitó a volver al salón. La mujer se hallaba sentada al armonio e interpretaba un Händel dulzón. Ni aquella música, ni aquel color ni aquella compañía eran los deseados. El impecable entornaba los ojos y juntaba las manos. No había nada capaz de distraerlo a uno de la melodía que pretendía elevarse arañando las paredes lisas y desnudas, y que no era más que nata de aquella atmósfera impregnada de olores a barnices frescos y a pintura sintética.

La tarde se despegaba de las paredes cerúleas, de los sillones del estrado, del pupitre sobre el cual yacía abierto el libro de los Nethinim cuyo presuntuoso indicador escarlata brotaba del canto dorado como sangre de mártir, como la sangre de Jane que se derramó en octubre de 1929 a la salida de su última conferencia en el Mary and Harry Thompson Memorial Hall. Jane apedreada por fanáticos. La noticia del martirio no trascendió más allá de los límites de la prensa local que le dedicó escasas líneas. La gente se hallaba excitada en exceso a raíz de la crisis bursátil y, presa de pánico, alborotada por preocupaciones concretas, no estaba dispuesta a atender a los Nethinim.

La luz se había retirado completamente del recinto. Una lamparilla débil iluminaba el teclado del armonio y los dedos puntiagudos de la mujer.

El impecable debió adivinar mi imposibilidad de romper la nata händeliana para emprender el camino hacia lo alto, pues creyó oportuno empezar a hablar y adelantarme en apretada síntesis algunos episodios ejemplares de la vida de la inspirada y ciertos arcanos del libro de los Nethinim. No podía desper-

diciar el tiempo, pues no hay inversión más redituable que el tiempo cuando se lo administra con talento. La Scranton, por ejemplo, perdió la vida pero no el tiempo. “Si hubiese perdido el tiempo que empleó en propagar la verdad —afirmaba la voz—, aún estaríamos a oscuras y aferrados a conceptos y esquemas...”

(¡ah, el Esquema!)

“que no bastan para explicarnos nuestra situación en el mundo actual. Si Jane no le hubiese dado a la aparición del Varón de Luz más crédito que a un sueño, quién sabe por cuánto tiempo el libro de los Nethinim habría de seguir oculto”.

—En ese caso —observó Goroztiaga cuando lo enteré de mi primer contacto con los ángeles pacíficos—, en ese caso es probable que la Scranton no hubiese terminado sus días tan violentamente y quizá debiera su renombre, si no ya al indiscutible mérito de haber asombrado al mundo con las planchas de los Nethinim, por lo menos a una técnica depurada para fabricar el mejor dulce de ciruelas. No hay duda que se trataba de una mujer decidida, de empresa. ¿Se te ocurrió pensar alguna vez en cuántos habrán obviado verdades trascendentales para consagrarse por entero a inventar la fórmula de la fibra milagrosa que te libera de planchar pantalones y camisas, para que ese tiempo lo aproveches vos, consumidor, en buscar y realizar cosas importantes?”.

La mujer dejó de tocar, se estregó las manos y se puso a hurgar pliegos con músicas que a la luz de la lamparita parecían apergaminados y antiguos, pero que debían ser nuevos, porque allí todo era nuevo. El hombre parecía determinado a continuar la prédica, a dejar que yo me asomara a las profundidades de los Nethinim aunque no hubiera cumpli-

do con la necesaria asepsia. Pero supondría que, un rato antes, la música y, ahora, el silencio, así como el orden y la limpieza del recinto, habrían influido sobre mis sentidos de tal modo, que ya estaría yo en condiciones de escuchar. ¿No había recibido Jane Scranton la visita del Varón de Luz mientras revolvió prosaicamente el dulce de ciruelas? ¿Por qué no habría de acercarse a la fuente a un hombre sediento en circunstancias propicias para ablandar sus resistencias? Debió considerar, además, la posibilidad de que yo no volviera, de que fuese totalmente reacio a la asepsia, al cambio; que el orgullo fuese más fuerte que la humildad y, una vez en la calle, echara yo al olvido sus palabras y tornara a ensuciarme en la vastedad del mundo que quedaba por exornar y plastificar.

Mientras la mujer se ocupaba en extraer edulcorantes de Buxtehude, él se entregaba a suaves ejercicios respiratorios previos al intento de adaptar en lo posible a los Nethinim para que pudiera comprenderlos alguien que aún no había sido liberado de sus rémoras. Y dijo...

—¿Qué dijo? Dale, desembuchá —insistía Sebastián mientras vaciaba en los vasos una botella de caña—. Oigan, che; se acabó. Así que, ¡ojo!, lo que hay en los vasos es lo único de que disponen para la purificación del alma, para la asepsia; sin ella no hay verdad que se te prenda. Dale, desembuchá.

—No me van a creer. Es lo que siempre digo: no conocés la ciudad en que vivís, donde suceden cosas que están más allá de lo imaginable y que te asaltan de pronto para asombrarte con sus dimensiones insólitas.

—Mirá —intervino Goroztiaga, acá el único asombrado sos vos.

Sacó el librito de hojillas Job y el paquete de tabaco y se puso a armar un cigarrillo mientras re-

petía: —El único asombrado sos vos. Después de encenderlo y pitar un poco, se quedó mirándome fijo.

—El único asombrado sos vos. ¿Por qué? Porque el reloj se te paró hace tiempo. Te regís todavía por el catálogo del London-París en esta época en que la gente se sienta frente a la T.V. para ver cómo descarrilan los trenes en Tokio. ¿De qué te asombrás?, decime, ¿de que te topás con un gringo que te asegura: ésto es lo último en materia de verdad, la prueba flamante y definitiva de que dios existe? ¿No te das cuenta que de vez en cuando hay que cambiar de envase y de logotipo para que crezca el consumo?

Desde la sombra total (la mujer había apagado la lamparita y tocaba de memoria), la voz dijo que el libro de los Nethinim era el nuevo pacto, la alianza novísima, y que todo lo que hasta entonces se había escrito y revelado había perdido vigencia. Recién ahora, cuando el hombre se aventuraba a internarse en el espacio infinito, las palabras de los Nethinim podían ser comprendidas. La Scranton fue lapidada porque la pobre gente no estaba preparada para recibir un mensaje que ahora resulta tan claro. Se me ocurrió pensar que toda verdad que se respete no puede difundirse si no está edificada a partir de la osamenta de un mártir. Miriam se salvó porque así lo quiso el Varón de Luz. Miriam, la exégeta, desapareció, y no se la pudo hallar hasta que el público, deprimido por la crisis económica que parecía no tener fin, se abrió con avidez a la buena nueva que le aseguraba la consecución de valores eternos a prueba de caídas verticales y desesperantes. “No es una religión más, créalo —insistía la voz—, sino la etapa cósmica de la verdadera religión”. De acuerdo con lo que decía, creí enten-

der que, a menudo, el Señor se mostraba dispuesto a concertar nuevos tratados, a modificar cláusulas comprometedoras, a olvidar amenazas y a darles nuevas oportunidades a los hombres para que entendieran de una vez que, si eran desgraciados, toda la responsabilidad recaía sobre sí mismos. Y ahora que se disponían a mudarse de planeta, porque éste se había vuelto inhabitable e inmundo, ahora, era el momento de recordarles sus deberes y responsabilidades ante la formidable empresa de recuperar el paraíso, aunque la triste historia que habían escrito no los hiciera merecedores de tantas consideraciones.

—Es un interminable juego —observó Sebastián— en el que el hombre siempre hace trampas, y para que no vuelva a hacerlas, es preciso cambiar las reglas y comenzar una nueva partida. La próxima ha de jugarse en un lugar remoto y con un mazo nuevo. Sólo podrán intervenir criaturas sanas y de honestidad probada, a quienes se promete dejarles ganar si juegan limpio. Los “tahures” no tendrán más remedio que quedarse aquí, ya que no se les permitirá asistir a la gran partida. Matarán el tiempo jugando al solitario, trampeándose a sí mismos o haciendo castillos con las cartas gastadas.

Alondra se dormía de aburrimiento y el Sordo ya no nos miraba, lo cual significaba que estaba fuera de la conversación. Sólo Goroztiaga y Sebastián demostraban interés por el relato que parecía divertirlos:

El impecable no estaba dispuesto a revelar a un principiante más de lo oportuno, aunque yo no era un principiante sino un curioso, y todos saben que un curioso despierta más recelos que un crítico, por demoledor que éste sea, ya que difícilmente se sabe cuál es el pensamiento y cuál la intención del curioso. Volvió a referirse a la asepsia y también

a la obligación que teníamos los humanos de secundar, en la medida de las fuerzas de cada uno, aquella portentosa ascensión del Hombre. “Sólo así puede salvarse la Humanidad —aseguraba— porque aquí, en este infierno de anarquía, no es posible edificar nada que perdure. La tierra está contaminada; el aire, envenenado; el mar, convertido en vaciadero. Por la maldad de los hombres”.

—Pero no podrán irse todos. Me refiero a los convertidos —observé.

—Claro que no, mi amigo. Sólo irán los elegidos, los aptos. Quienes queden acá tendrán el cometido de limpiar la tierra de suciedad, de construir la paz, para que en paz puedan partir las naves de los elegidos que continuarán la historia en otros mundos. Si ello no fuese así, ¿qué sentido tendría haber dedicado tanta energía en pro de la civilización y la cultura? Suponga usted que al hombre no se le permitiese salir de este planeta; ¿adónde irían a parar sus desvelos, su constante lucha por sobrevivir? A la nada, pues, como usted bien sabe, este mundo está destinado a desaparecer. Para que la humanidad se salve es imperioso que el hombre abandone este planeta, que despierte de su pesadilla de siglos y se lleve consigo lo mejor para comenzar de nuevo y reconciliarse con Dios. Si no se nos brindara esta oportunidad, ¿qué sentido tendría aquí nuestra existencia? El nuevo pacto salva a la humanidad de su extinción.

Yo esperaba que su rostro se iluminara, que de sus poros brotara plasma fosforescente, que el armonio empezara a cantar solo, que se elevara por los aires aquel novísimo templo; pero nada de esto ocurría mientras él seguía disertando sobre los Net-hinim, los viajes espaciales de los elegidos, los kaloi-kagatoi, como los llamó después Goroztiaga, que tomarían por la punta el rollo de la historia y lo

extenderían a través del cosmos para que la vida de los hombres adquiriese cabal sentido.

(Los elegidos harían el inventario de las cosas que se llevarían en sucesivos viajes para asegurar la inmortalidad de la cultura. La Sainte-Chapelle quedaría maravillosamente bien sobre una colina lunar recortada contra el negro absoluto de los abismos. El templo de Abu-Simbel, nuevamente seccionado en trozos debidamente numerados. Castillos que en otro tiempo fueran desmontados y enviados por barco al otro lado del océano, emprenderían ahora su peregrinaje ascendente; todo lo que fuera construido para desafiar al tiempo, para permanecer por los siglos de los siglos en un lugar consagrado o estratégico, sería succionado por los labios del futuro: cuadros, estatuas, bibliotecas de incunables.)

—Hay dos posibilidades —aseguraba la voz—; o la construcción de una paz duradera que permita al hombre transitar seguro el camino de su supervivencia, o el incendio devastador engendrado por la locura y la concupiscencia. Es preciso abocarse a la tarea sin más dilaciones. Se nos ha dado un mundo donde pudimos hallar la felicidad y lo hemos corrompido. Está manchado de sangre. Medite en lo que acabo de decirle, y vuelva. Conocerá cosas asombrosas, que pueden transformarlo en un hombre completamente nuevo.

1910
1911
1912
1913

Cuando, al despedirme, abrió la puerta, me pareció que la oscuridad de adentro se había derramado como tinta espesa sobre aquel barrio y más allá. Otra vez apagón. Me guiaba por las luces de los autos que muy de tarde en tarde pasaban por la calle tranquila. Calle que en un tiempo legendario nos había oído a Neerit y a mí decir cosas que quise recordar y no pude, como si tuviera nada más que cáscaras de recuerdos. En medio de la oscuridad patée sin querer una lata que rodó con regocijo. La encontré seis pasos más adelante. Otra patada. Fue a parar aún más lejos. Calculé la distancia por su nueva risa, más prolongada que la primera vez. Le erré. Menos mal que nadie me veía. ¿Nadie? Me dio por pensar que el impecable seguiría mis pasos mirando a través de una lupa gigantesca hecha con el mismo material que permitía traducir a la lengua inglesa textos misteriosos de runas milenarias. El ojo de los Nethinim debe ser omnividente. No podrás hacer nada sin que ellos se enteren. En un boliche habían encendido un farol a mantilla. No entré porque había un gato sobre el mostrador. Quiero a los gatos y a los mostradores, pero no a los gatos sobre los mostradores. Es la única circunstancia en que me producen miedo. Seguí caminando. Volví a figurarme que el ojo del impecable escudriñaba mi recorrido. Querría saber si la dirección que le había dicho en la oscuridad era la verdadera. Mucha es la gente que se hace humo después de haber prome-

tido volver. Y yo, que no prometí nada, tampoco volveré. Porque aplastaron la quinta abandonada, porque nos quieren plastificar a todos, porque edulcoran la música y los colores. No volveré.

—¿Por qué llamo la atención de los misioneros que no fuman ni beben ni fornican y siempre tienen la última edición de la Verdad en sus portafolios? ¿Por qué viven pisándome los talones y me detienen cuando doblo distraídamente cualquier esquina? ¿Me quieren decir por qué?

—Porque tenés una cara que mueve a compasión. Cara de náufrago —dijo Alondra, que había despertado cuando pateé por segunda vez la latita.

—¿A vos no te pasa, Goroztia?

—No.

—¿Y a vos, Sebastián?

—Tampoco.

—¿No ven? Sólo a mí.

—Decime, viejo —dijo Goroztiaga—, ¿por qué vas a donde no te llaman? Entrás como un angelito. Por eso te joroban siempre, porque tenés cara de angelito.

—Dicen que entre ellos se esconden espías —intervino Alondra bajando la voz.

—Y a mí, ¿qué me van a espiar?

—Uno nunca sabe —bromeó Sebastián. A lo mejor sos una pieza importante. Acaso un elegido.

Goroztiaga miró con tristeza el vaso vacío y se esforzó por apurar la última gota que nunca llegaría al borde.

—Si lo pensás bien, lo cierto es que cada día te tienen más vigilado. Adentro y afuera la vigilancia crece. Vigilaos los unos a los otros. Y los más vigilados son precisamente aquellos que creen no tener motivos para despertar sospechas, porque si nadie sabe qué pensás, todos están dispuestos a consi-

derarte un posible enemigo. Cuando salgas a la calle no olvides llevar una bandera. Lo importante es estar clasificado.

Llegué al bulevar y me paré en una esquina a esperar el ómnibus. Después cambié de propósito porque pensé que sería mejor seguir a pie, ahora que la noche era más noche que otras veces. A través de las ventanas se veían rostros a la luz temblona de las velas. Habría apagón para rato. No iría directamente a mi taller sino al de Sebastián, a contarles lo sucedido en el novísimo templo que aplastó la quinta. Quizás el Sordo podría tomar ideas para retratos imaginarios. Aparte de eso, no tenía ganas de ir a sentir tan temprano la ausencia de la mujer y los niños pálidos que había inventado para el impecable. Fue una forma bastante estúpida de vengarme del cuento del Varón de Luz y las planchas de oro. ¿Y si al entrar en mi taller alumbrándome con un fósforo encontrase que efectivamente me esperaba una mujer con dos criaturas escuálidas? ¡Qué golpe me habrían dado los Nethinim! El impecable me explicaría después que yo los había olvidado y que mi mentira no era sino el recuerdo que afloraba. Estaba casi seguro que si iba temprano al taller los hallaría sentados en el borde de la cama. Más tarde no, pues el cansancio me los borraría para siempre.

Mientras caminaba sin prisa, trataba de imaginar cuál sería el método de los predicadores para convencer a multitudes de la aparición del Varón de Luz y de la revelación de las planchas de oro. Abrían sus maletines en las plazas y no sacaban la víbora venenosa traída de la impenetrable selva amazónica, ni la tortuga que adivina el palo de la baraja, sino un libro. Goroztiaga decía que el respeto tan generalizado por todo lo que está escrito lo

impresionaba. "Basta que cualquier cosa aparezca impresa para que surja una legión de fanáticos dispuestos a hacerse matar por ella".

Las palabras del impecable, los jarabes del armonio, el perfil de Jane, comenzaban a refluir. El aire fresco me hacía bien. Recordé al poeta: "Sucede que me canso de ser hombre", y pensé en el lagarto que vi tomando sol sobre una piedra. Mejor era su vida, pues los lagartos no han de tener imaginación. Por fin reflujo todo, y durante el tiempo que tardé en llegar al taller, no hubo más que faros de automóviles, siluetas de personas, rostros vagamente sugeridos y, arriba, sobre la ciudad a oscuras, la constelación del Escorpión con la gota de sangre de Antares. En las noches de invierno contemplo largamente al Escorpión, porque en su geometría hay como una remota alusión al Esquema.

Aquella noche y aquel largo trecho entre el templo de los Nethinim y el taller, los recuerdo con ciertos detalles; por ejemplo, el ómnibus que se detuvo en una esquina. Una muchacha muy triste apoyaba su cabeza contra el vidrio de la ventanilla. Al principio me pareció fea, pero luego noté que era bonita. El rostro del guarda era increíblemente largo y angosto. Una señora gorda bajó cuando el ómnibus se detuvo. La muchacha se dio cuenta que la estaban mirando. Recuerdo a las prostitutas que se acercaban para ofrecerme un rato agradable; pero yo seguía pensando en la muchacha del ómnibus porque tenía cierta semejanza con la imagen de Neerit que flotaba en mi memoria. Recuerdo también que dos bichicomes se peleaban por una botella vacía y que en una casa que podría ubicar perfectamente estaban de velorio. Frente a la puerta había hombres que fumaban, tosían y hablaban de temas intrascendentes.

Llego al taller. Mientras subo la escalera, oigo cada vez más claras las voces de Alondra y Sebastián y, de vez en cuando, la del Sordo. Discuten acaloradamente acerca de cuál es el lugar más conveniente para colgar el farol. Me siento en el rellano a esperar que terminen y se pongan de acuerdo. El relente me hizo bien. Las cosas de la tarde vuelven a fluir: el armonio, la enemiga del viento, la quinta aplastada, el ojo dilatado del impecable tras el cristal mágico. Los Nethinim. Los astronautas. La olla con el dulce de ciruelas. Jane Scranton. La plastificación del mundo. Los bichicomes riñen por una botella vacía. La muchacha triste. El guarda hace sonar la campanilla. La mirada de la muchacha. Escorpión. La mujer gorda ha descendido. El ómnibus parte con la muchacha triste. Surge algo nuevo donde parece desembocar todo. Un espacio violáceo, más profundo que el negro contra el cual se recorta la silueta de la Sainte-Chapelle. No, no es un espacio. Más bien un sonido. Una palabra. Seguro que es solo una palabra. Pero promete un cuadro. Necrocosmos. Sí, ésa es la palabra.

Creo que fue a fines de julio. ¿O principios de agosto? No, fines de julio. Desde el comienzo de la adolescencia tuve ganas de registrar fechas. Compraba cuadernos de doscientas hojas y tapas rígidas, pero nunca comencé un diario. Dibujaba la carátula con tinta china y la pintaba con lápices de colores. Si hubiese llevado a cabo lo del diario íntimo, tendría ahora la historia completa de los días con Nee-rit. Qué lastima. Sólo copiaba poemas y hacía dibujos. Bosques y castillos en ruinas sobre peñascos inaccesibles. Nada más que hasta la mitad del cuaderno. El resto quedaba en blanco. Sólo hasta la mitad, como los libros que años más tarde nunca acabaría de leer. Iba y compraba otro cuaderno. Siempre lo mismo.

Estoy seguro que fue a fines de julio. Trabajaba en el Necrocosmos cuando una mano llamó suavemente a mi puerta. Muy suavemente. Una mano de tiza. Si golpea más fuerte se deshace. No abriré, puesto que hoy estoy en vena y quiero terminar el Necrocosmos antes de fin de año. ¿Por qué antes de fin de año? Porque tenés que fijarte un plazo, si no estás perdido. Uno dice: voy a hacer esto o aquello; lo empieza y después no lo termina. Pasa lo mismo que con los cuadernos. No abriré.

Me acerco a la ventana. Los cipreses están quietos bajo el sol invernal. Al cementerio entran mujeres con ramos de flores que parecen recién hechas. Algunas llevan de la mano a niños asombra-

dos. Los floristas acurrucados, al sol, junto a los mostradores cubiertos de crisantemos, claveles, camelias, y también flores baratas de las que todo el mundo compra. Sentados a los lados de la escalera de la entrada, unos viejos arman cigarrillos o hacen como que leen, o leen acaso, hojas de diarios en que las mujeres traían envueltos sus ramos, y de los que se deshacen ceremoniosamente antes de traspasar el umbral. Los muertos no necesitan noticias. Pero los ancianos que toman sol sobre los escalones de mármol gastados parecen querer asegurarse que aún es posible estar de este lado del muro. Aceptan noticias de cualquier fecha. Discurso de un primer ministro. Tragedia en Le Mans. Alud en los Pirineos. Aparece en la playa cuantioso contrabando: televisores, cajones de whisky. Visite la costa del Pacífico. Para usted también hay un crédito a sola firma y a pagar como quiera. Nuevo golpe sedicioso. Otro proyecto: un día pintaré a esos viejos de ojos acuosos, uñas amarillas y quebradas, ropas inveteradas, zapatos grandes. La mano de tiza vuelve a golpear. Sin hacer caso sigo junto a la ventana. Ahora pienso en Neerit. ¿Y si fuera ella? Acaso también ella quiera explorar el tiempo en que vendimos el alma. ¿A quién se la vendimos? Si hubiese hecho mis anotaciones podría saberlo con exactitud. Hace veinticinco años que dejé de verla, que se la tragó la lluvia. Y es seguro que ya no la volveré a ver. Se habrá puesto gorda y tendrá hijos. Acaso una hija que ha heredado sus ojos espléndidos. Puede que haya muerto. Alguna vez, uno de esos viejos que vegetan en el portal habrá leído su nombre. "Falleció en la paz del Señor..." No, no es posible que haya muerto. En su otoño seguirá siendo una mujer interesante; claro que uno no se resigna jamás a que las mujeres que ha querido se arruguen y se sequen, y que antes de secarse pasen por el período de flacidez. Estoy seguro que envejecerá con la dignidad

de las estatuas y de los "Stradivarius". De Van Eyck a Rubens, Helena Fourment con los ojos verdes. Neerit es Neerit.

Otra vez la tiza deshaciéndose contra las tablas de la puerta. Una mano de mujer. Insiste en que la atiendan. Me acerco a la puerta pero no abro. Me siento en el sillón y espero a que golpee de nuevo, intente abrir o se vaya.

Con Neerit íbamos a pasear al cementerio. Me hablaba de eternidades, de cenizas, de Totentanze, de la miseria que es uno, del sinsentido de la vida, de todo lo que había asimilado en clases de literatura y filosofía aplicado al cementerio. Se me ocurre pensar que hablaría de esos temas y no de otros. Yo oía su voz, no sus palabras. Mientras tanto, me gustaba observar la vida intensa que hay en los cementerios. Los gatos avizores, los sepultureros, los limpiadores con holgados guardapolvos azules, que fuman sin cesar apoyados en escobas de ramas. Latas oxidadas dentro de jardineras de mármol. Carretillas viejas. Pasos sobre el pedregullo. Alguien dejó una canilla abierta. Un pájaro junto al chorro. Sobre la grava del sendero se mueve un escarabajo polvoriento. Neerit ensaya una comparación entre el insecto y el hombre. No la escucho. Solo oigo su voz sin palabras y el rumor que llega desde el lugar donde unas mujeres se ocupan en quitar el polvo y las hojas secas que cubren la inscripción de una lápida. El chorro de agua. El pájaro. La vieja carretilla cargada de coronas podridas de las que se desprenden cintas violetas, alambres, varas de mimbre, salta sobre el pedregullo, rechina. Un hombrecito gordo la empuja; un hombrecito que nunca piensa en la muerte, que tiene ganas de vivir mucho para sentarse cada noche a beber vino. Me parece oír también un llanto; pero

no, casi nadie llora en los cementerios de modo que se le oiga de lejos.

Lo más interesante son los rostros de los niños que vienen por primera vez. Los rostros y la ropa. La ropa de todos, no solo la de los niños, porque aunque sea la de siempre, cuando se viene al cementerio luce distinta, como si un temor ancestral la planchara por dentro. Neerit sigue disertando. Trato de retener la imagen de una niña llena de asombro que pasa a nuestro lado. Neerit se enfada porque se da cuenta que no la escucho y arroja al suelo al pobre escarabajo que araña el aire con sus patitas desfallecientes. Habrá un largo silencio entre nosotros; dentro de un rato, cuando estemos sentados en el tranvía, ella mirará hacia afuera mientras yo me entretendré leyendo anuncios adosados al maderamen. Hasta que lleguemos a su casa no nos diremos nada.

¿Será Neerit quien está al otro lado de la puerta, y que viene a mostrarme que todavía es hermosa, que el tiempo ha pasado solo para mí? ¿No vendrá a invitarme a reanudar nuestros paseos entre monumentos solemnes In Memoriam de los olvidados definitivamente y abrirá la mano y descubrirá el escarabajo que trepa por sus dedos? Abro. La muchacha me saluda con sonrisa publicitaria. Usa pelo corto, tiene pecas y los dientes desparejos; pero no puede decirse que sea fea, sobre todo cuando cierra la boca. Se parece a la Lucrecia de Lucas Cranach. Serviría de modelo, pero no ha venido a eso, precisamente. Busca algo en el bolso de TWA que cuelga de un hombro y me ofrece unos folletos ilustrados. Leo los títulos: "Hombre, despierta!", "El Edén Recuperado", "Por un Mundo mejor!", "El Único Camino". La ausencia de signo exclamativo al comienzo de algunas exhortaciones me predispone contra su prédica, pero como hace dos días que no hablo con nadie, y ante la posibilidad de pintar

una Lucrecia vestida e inviolable, la dejo pasar y me dispongo a oír, si no las palabras, al menos su voz, como con Neerit, como si fuera Neerit. Creo que se refiere a las pesadumbres del mundo de hoy, a la maldad, a los peligros que encierra el materialismo, al paraíso perdido y a la posibilidad de recuperarlo.

Me trata de "señor" con un tonito que me hace sentir viejo y miserable. Es triste pasar los cuarenta sin haber hallado una explicación para las cosas más elementales, y más aún que venga una gringuita con la Verdad a costas para tratar de convencerte que vivís en el error, como si uno no lo supiera, como si uno creyera que tiene la piedra filosofal escondida en el ropero.

Se siente segura de sí y no teme que le pase nada en aquella habitación desordenada y en compañía de un desconocido. Su fe la mantiene serena y erguida. La invito a tomar asiento y elige la silla más incómoda, la que está junto a la ventana. Se refugia en la luz, y desde la luz comienza el interrogatorio, la vivisección del náufrago que se hamaca en el sillón de mimbre.

—¿Dónde están sus hijos?

—Nunca existieron.

—¿Y su esposa?

—Tampoco.

—¡Ah!, entonces mintió. Su ficha dice que tiene dos hijos en edad escolar y está casado con una ex-actriz. ¿Por qué mintió? ¿Por qué no mintió también cuando dio su domicilio? Acaso sea peor mentir a medias que mentir del todo.

(¿Qué querés?, ¿que me ponga colorado, me arrodille y me golpee el pecho?).

—Usted está muy triste —prosiguió—, es una pena que viva así. Inventó una familia porque se siente demasiado solo. Y la familia que inventó es

sumamente desgraciada, con hambre y sin esperanza. ¿Sabe por qué lo hizo?

—Sin duda por divertirme. A veces es divertido mentir, imaginar situaciones en las que uno podría encontrarse y hacerle creer a otro que sucede realmente así.

—Pero no fue por divertirse, confiéselo. En esa imagen lacerante revela usted un sentimiento de culpa. Es, ni más ni menos, que un instrumento de automortificación. ¿No se dio cuenta?

—No, no me di cuenta. Sucede que la presencia del caballero impecable con quien conversé en el templo me resultó un poco irritante, también me irritó su mujer, también su hijo, y la fría prolijidad que los rodeaba. Me vinieron ganas de arrojar un poco de barro.

—Entonces reconozca que no fue por diversión.

El cuchillo que maneja Lucrecia desde la región de la luz se hunde en la persona del náufrago, cuyas vísceras comienzan a desbordar, a derramarse sobre el mimbres reseco del sillón.

—¿Ustedes nunca mienten? —pregunté— ¿Ni un poquito? ¿Ni siquiera por probar?

—No debemos mentir nunca.

—¿Ni para matar el tiempo?

—No lo matamos jamás. Lo aprovechamos en algo útil.

—Veo que toman al pie de la letra lo de “no matarás”.

—Tengo mucho gusto de conversar con usted, pero si cambia de tono. De lo contrario, creo que será mejor que me vaya.

—Quédate, no te haré ningún daño. Quédate, necesito con quien hablar.

Quédate, y no: quedate. Si le digo: quedate, seguro que se marcha. Le habría fastidiado que entrase a tutearla de manera vulgar. Quédate. Suena elegiaco, sentimental, sincero. Un tilde puede modi-

ficar una situación radicalmente, y una coma promover una guerra. Goroztiaga dijo alguna vez que la vida está hecha de cosas pequeñas y que las grandes ideas, los principios irrenunciables no son más que bastidores que permiten que el conjunto se mantenga armado. Quédate. Le pongo tilde y ya está. La gringuita no abandona su silla.

(Te escucho; estoy ante tí como barro para modelar. Hunde tus manos en él, dale forma, la forma que quieras. Te escucho. Si me quieres conocer, estoy dispuesto a abrir las puertas de mis secretos. No te diré: ahí no entres, aunque sepa que habrás de encontrar cosas desagradables. Te llevaré a visitar mi pequeño infierno, como si se tratase de un parque de diversiones.)

—Señor, no pretendemos convencerlo; sólo queremos brindarle la oportunidad de conocer el mensaje. Lo importante es que hablemos, que seamos amigos. Nos preocupa su tristeza. Veo que pinta, y veo también que sus cuadros son tristísimos. ¿Qué es aquello? ¿Una naturaleza muerta?

—Yo lo llamo “Naturaleza Rota”.

—¿Y eso tan horrible?

—Necrocosmos.

—¿Ha pensado seriamente acerca de por qué está triste? Espero que esto, aunque elemental en apariencia, pueda servirle de algo.

Abrió de nuevo el bolso y sacó otro librito: “El Secreto de la Felicidad”.

—Si usted supiera cuántos han encontrado el camino. Cada día son más los que acuden a nosotros por un consejo o una palabra de consuelo. Gente de toda clase ha hallado en las páginas escritas por Jane Scranton y en el libro de los Nethinim no solamente una explicación a sus grandes interrogantes, sino además la llave del éxito. Un solo versículo

del libro de oro ha salvado a muchos de la desesperación. Conozco el caso de un industrial que estaba a punto de dar quiebra cuando recibió el mensaje; recobró la confianza en sí mismo y salvó a su firma de la catástrofe que parecía inevitable. El poder del mensaje sanó enfermos deshauciados, reconcilió enemigos, evitó que se consumaran crímenes. No puedo obligarlo a creer, pero sí me atrevo a preguntarle si es capaz de negar el sentido de nuestra acción encaminada a conseguir una humanidad sana, sin maldad, digna de la misión que le ha sido encomendada: la conquista de otros mundos. Quizá piense usted que cambiar de actitud signifique claudicar. Sí señor, a usted le pasa eso, no tiene fuerzas para renovarse y se conforma con su triste situación. Trata de justificarse de cualquier modo.

(No es eso lo que me importa. No tus mensajes ni tus utopías, sino que te desvistas y poses. Mientras te retrato podés hablar de lo que se te antoje e intentar convencerme de una vez. Tu verdad desnuda. ¿Acaso no querés sacarme de encima esta tristeza que ya ni se siente de vieja que es?).

Ahora su mensaje se libera de asperezas; se convierte en un canto con acompañamiento de armonio. Me lleva por praderas en las que el lobo y el cordero retozan amiguísimos. Las sombras han sido vencidas. Se han evaporado los venenos y al agua se la reconoce por su murmullo y frescura, pues es tan diáfana que casi no se ve. Saca del bolso un rollo de láminas plastificadas que se despliegan con increíble facilidad y se adhieren a cualquier superficie. Contra los cuadros, las puertas, el armario, va pegando figuras de profetas desde Abraham hasta Jane Scranton; hay láminas que certifican hasta qué límites puede llegar la crueldad de los hombres. Otras muestran al Varón de Luz, a

Miriam escribiendo lo que le dicta Jane, a quien no es posible ver porque está detrás de un biombo; el Necrocosmos ha desaparecido casi bajo las láminas de la ciudad feliz, esterilizada, rodeada de campos floridos donde mujeres, hombres y niños — todos rubios y lozanos— gozan de la luz y del aire no contaminado, libre del “smog” que ahoga nuestras ciudades. Lee apresuradamente pasajes de libros que siguen saliendo del bolso mágico.

No veo a la gringuita sino a la maestra de 5º de quien los varones de la clase estábamos enamorados y que trataba de convencernos de verdades indiscutibles ocultas en las fases de la luna, en las entrañas de los volcanes y hasta en las vísceras de la lombriz, único animalito que se prestaba a la vivisección casera, y nunca acabábamos de entender que no era uno sino muchos por más que lo fragmentáramos con una hojilla de afeitar hasta que sobre la mesa de la cocina se multiplicaban los pedazos de lombriz mutilada, que en realidad no eran mutilaciones puesto que cada trozo significaba una nueva lombriz. También se ocultaba la verdad en las lentejas que germinaban en algodones húmedos, en las patas de la mosca, en el himno patrio, en el agua, en los aparatos de física y, por qué no, en la letrina, sobre cuyas paredes fuera escrita e ilustrada por niños anónimos y bien informados.

La maestra se movía así, provocativa y exultante, sin sospechar (o tal vez suponiéndolo), que uno no hacía sino mirar su hermoso rostro, sus piernas que parecían muy suaves, su nuca cubierta por un vello finísimo color cobre pulido, sus manos que, aunque siempre manchadas de tinta, tiza de colores o picadillo de lombriz, uno hubiese querido llevarse para la casa.

La maestra está ahora en mi taller, tratando de hacerme entender (no de convencerme, por el momento), que al hombre se le ofrece la oportunidad

de salvarse con lo mejor de su historia, de salir del planeta donde fue creado.

Alegre por la presencia de Lucrecia que canta desde su refugio de luz, alegre por el regreso de la maestra que viene a revelar más verdades, alegre, al fin, después de mucho tiempo sin alegría, abro botellas para celebrarlo, no de vino ni de caña, sino de trementina. Ahora conocerás su perfume irresistible. Derramo trementina para que su olor ascienda por la región iluminada desde donde tu voz anuncia los goces celestes. Haré que conozcas los de la tierra. Aspira hondo y deja que te penetre el aliento de la trementina, que aún no se han agotado las delicias del planeta.

51

.

“Distingue Ud. el abismo? —El anciano abad lo distingue. —Es triste? —Todos los abismos son tristes.”
“En qué consiste su enfermedad? Su enfermedad consiste (está) en la imaginación.”
(Método del Doctor Ollendorff adaptado al idioma alemán por Eduardo Benot. Nueva edición notablemente reformada, refundida y adicionada con temas en alemán.
MADRID: Librería de D. Gregorio Hernando, calle del Arenal, núm. 11. (1879).

21

.

II

Después de conocer el perfume de la trementina, Lucrecia, cuyo verdadero nombre era Gabrielle, volvió al taller a pesar del horrible Necrocosmos. Como venía de una ciudad excesivamente iluminada, llena de reflejos metálicos, arquitectura de cristal, música funcional y espejos que multiplican al infinito volúmenes sin mácula, sentía un deseo incontenible de hurgar en el "desván", como le llamaban los kaloikagatoi al mundo condenado. La pena por lo que estaba destinado al olvido eterno era más fuerte que la esperanza en la ciudad futura de los Nethinim. La divertía la silla que crujía, la tabla floja del piso, los vidrios polvorientos de la ventana donde escribía su nombre, el manequí con sus heridas por las que se salía la estopa y con su cabecita de muñeca de celuloide, el armario cuyas puertas no era posible cerrar y todo lo que en él había: botellas, potes con pintura endurecida, cajas de zapatos con recortes de revistas, un calentador destartado, velas quebradas, relojes destripados, libros grasientos. Se divertía con cada objeto como si nunca hubiera visto nada semejante. Pero no se quedaba mucho conmigo. Le temería al ojo escrutador del impecable y aquello era una travesura. Quise regalarle la cabeza postiza del manequí o la del león tallado en madera que había rematado el respaldo del sillón que más crujía. Pero no aceptó, porque no podía aceptar ningún regalo, según la disciplina, y porque le gustaba más verlos allí en

vitale. A propósito de barcos, podría contarte cosas que te harían reír, por ejemplo, la infancia de Adán.

¿Que qué tiene que ver la infancia de Adán con los barcos? Ya verás. ¿Por qué suponés que Adán no tuvo infancia? Claro, los Nethinim no dirán nada al respecto y, según la Biblia, cuando fue creado ya era mozo de pelo en pecho capaz de hacer locuras por la primera hembra que se le cruzase en el camino. ¿De dónde saqué esta fábula? No la leí en ninguna parte. Me la contó un viejo muy sabio. Sabrás que entre los que cuenta un viejo y lo que está escrito en un libro, prefiero lo primero. Has de saber también que los únicos barcos que conocí ya no llegan a puerto. A lo sumo, terminan en un incendio grandioso. Me mirás asustada como si pensaras que estoy volviéndome loco. Mirá Gabrielle, cuando uno creció en un pueblo a orillas de un río, que tuvo su época de esplendor porque allí llegaban barcos de todas partes a cargar trigo, y no recuerda haber visto en ese puerto más que maderas podridas, cascos que ya no pueden navegar y grúas corroídas por el óxido, la imagen de la decadencia se le mete a uno muy hondo y adquiere una sensibilidad finísima para captar cualquier cosa que esté a punto de deshacerse. ¿Entendés de dónde puede venir la idea del Necrocosmos? De aquellos años de auge quedaban solamente algunos recuerdos: los muelles desiertos, un vaporcito vetusto que a veces desaparecía porque, según decían los vecinos, su dueño se dedicaba al contrabando, y también unos veleros azules con la arboladura deshecha, anclados junto a los barrancos de la otra margen. En esos veleros vivía el viejo, quien, pese a haberse extinguido para siempre la vida del puerto, seguía afeerrado a sus barcos con el ánimo de terminar allí sus días. Como no podía ser de otra manera, el anciano tenía su aureola de leyenda, sobre todo porque nadie sabía cómo y cuándo había aparecido por aque-

llos lugares. Se decía que, al igual de muchos personajes míticos, llegó flotando dentro de un canasto y que una buena mujer lo recogió, lo crió y le puso el nombre del río. Ya muchacho, le entraron ganas de conocer el mundo y se embarcó no bien se presentó la ocasión, pues por entonces no faltaba oportunidad para hacerse a la vela. Con el tiempo llegó a patrón, y siendo la prosperidad de esa época tan pródiga que amamantaba lo mismo a hijos que a entenados, se convirtió en feliz propietario de tres barcos. El más hermoso se llamaba "La Gitana" y en él vivía cuando dejó de navegar y echó anclas contra el barranco oscuro. Al viejo lo respetaban, y más aún después de aquel día cuando le pidió al del vaporcito que le remolcara "La Gitana" hasta la desembocadura para incendiarlo y hundirlo. Sucedió que un rico barraquero del lugar le había hecho una buena oferta por el barco con intención de desguazarlo para negociar la madera. El viejo quiso demostrarle al comerciante que aquello no tenía precio, y que sería inútil esperar a que él se muriera para quedarse de cualquier manera con el barco, si es que abrigaba esa intención. "La Gitana" se fue a pique y el viejo volvió al barranco trayendo en los ojos los resplandores del incendio.

Cuando no tenía escuela, yo me sentaba en la pequeña playa frente al barranco a esperar que don Salvador cruzara en su bote para hacer compras en el pueblo. Lo acompañaba, lo ayudaba con los bultos y me iba con él a los barcos. Me quedaba hasta el atardecer y jugaba a los piratas o escuchaba el relato de sus viajes. Una tarde bajamos a las bodegas y me enseñó el sitio donde escondiera a un fugitivo para llevarlo al Brasil. Durante la travesía el hombre le había mostrado unos libros muy viejos, manuscritos, donde se narraban raras historias que, según el fugitivo, eran dignas de crédito porque habían sido escritas nada menos que por el mismo

diablo. El viejo los llamaba La Biblia del Demonio.

Como las Sagradas Escrituras hablan lo menos posible de Lucifer, éste habría creído oportuno redactar su propio libro para que los hombres tuvieran una idea más favorable de su maltratada persona. Para ello llegó un día a la iglesia de Santo Domingo, no muy lejos del pueblo donde yo vivía, que no tenía cura porque en esa parroquia había muy poca gente, y con que el cura del pueblo fuera una vez por mes a decir misa, bautizar y confesar, bastaba. Pero había un sacristán de nombre Indalecio Camargo muy aficionado a la astrología y la quiromancia, conocido también por su excelente caligrafía y su entusiasmo por el buen vino.

No le fue difícil al inusitado huésped convencer a Camargo que tenía que escribir con prolijidad lo que él habría de dictarle, porque le prometió que, si hacía lo que le pedía, le iba a revelar el paradero de un tesoro que una de las primeras expediciones de conquistadores españoles había abandonado en una playa cercana. Camargo se convirtió en el hombre más rico en cien quilómetros a la redonda, y para disimular el origen de su inagotable fortuna se creyó obligado a donar una nueva campana para la torre de Santo Domingo, pues la que había estaba rajada. Pero aunque la campana de Camargo era tan sonora que se podía oír a varias leguas de distancia, nunca nadie la pudo hacer sonar en viernes santo por más que la golpeará.

Cuando estalló la guerra civil, Camargo, que estaba mal avenido con un caudillejo lugareño, por haberle negado su contribución pecuniaria, creyó oportuno poner a buen recaudo tanto el manuscrito como su propia persona. Le pidió a don Salvador que lo llevara al Brasil, ofreciéndole a cambio una buena cantidad de libras esterlinas. Durante el viaje le leyó muchos pasajes del libro.

Aunque nunca más se tuvieron noticias del

paradero del escriba endiablado, don Salvador aseguraba que debía andar por el ancho mundo ya que le parecía que en el libro se decía algo referente a cómo conseguir la inmortalidad mediante un preparado con vainas de algarrobo amén de otros ingredientes.

El viejo recordaba muchos pasajes de memoria porque era un hombre que tenía el privilegio de no saber leer. Como yo era niño, supongo que calló muchas cosas. En cambio me contó la historia de la infancia de Adán.

Se sabe que Adán vivió novecientos treinta años, y que si hubiese tenido infancia habría pasado el milenio. Matusalén, por ejemplo, que fue parido, llegó a los novecientos sesenta y nueve, por lo que no es aventurado pensar que Adán pudo haber sobrepasado fácilmente los mil, si consideramos que en una vida de más de nueve siglos no parece exagerada una infancia de más de setenta años. Esto según la Biblia.

Lo que no se sabe y que fue revelado por el oscuro fugitivo, es que al encontrarse el primer hombre al borde de la muerte, el Diablo se acercó a su lecho y le preguntó cuál era su último deseo, pues se le concedería todo lo que él pidiese. (Pensá que si en tiempos de Job, las relaciones entre Dios y el Diablo eran bastante buenas, en los tiempos de Adán debían de ser óptimas).

Adán, que a lo largo de su vida había visto dar a luz tantos niños y los habían envidiado porque disfrutaban de una felicidad que él nunca conociera dijo sencillamente, ahora que a él lo iban a dar a sombra:

—Quiero ser niño.

El Diablo desapareció, y quienes acompañaban a Adán en sus últimos momentos vivieron días de

comprensible asombro e impaciencia porque no sólo no acababa de morir, sino que cada día que pasaba se sentía mejor y una tarde pidió que lo levantaran porque tenía ganas de salir al jardín a la hora de la brisa.

Lo sentaron bajo los árboles y se fueron. Al atardecer pasó el Diablo y Adán lo llamó para preguntarle cuándo iba a ser niño. El Diablo respondió:

—Ahora debes esperar y vivir todos los años que has vivido y algunos más.

Adán se resignó a esperar y su segunda vejez le parecía interminable. Muchas veces se sintió arrepentido por haber pedido que lo dejaran ser niño. Y como recordó que había infinidad de cosas que aún no habían recibido nombre, pasó sus interminables días buscándoles uno, así a los árboles como a las plantas, a los pájaros, a las piedras y a todo lo que hasta ese momento había sido señalado con el dedo sin que se supiera cómo llamarlo. Y reunía Adán a jóvenes y adultos para enseñarles los nombres de las cosas. Siempre llegaba alguien trayendo insectos que emitían luz, piedras huecas que contenían agua y que, al partirlas, fascinaban los ojos con despilfarro de destellos; flores que se cerraban al ser tocadas, otras que adormecían no bien se aspiraba su perfume, y Adán hallaba un nombre para cada cosa, y cuando pasaron tres siglos, pensó que ya no tenía necesidad de inventar más palabras. Pero le vinieron ganas de viajar y halló montañas, fuentes, ríos, más piedras, más animales, infinidad de plantas que esperaban un nombre. De noche, Adán no dormía para poder contemplar el cielo estrellado e inventar palabras con que designar las estrellas.

Cuando Adán llegó a contar novecientos treinta años desde aquel día en que en vano esperaron su muerte, llamó al Diablo y le preguntó si ya era tiempo de ser niño. El Diablo dijo que no, que debía

esperar aún. Entonces dedicó su tiempo en disfrutar en lo posible de los placeres de la vida pues se sentía pletórico de fuerzas. Conoció muchas mujeres y engendró infinidad de hijos.

Pero un día empezó a notar un extraño cansancio y se dio cuenta que se estaba arrugando. Además se olvidaba de los nombres que les había puesto a las cosas y debía preguntar a los demás, quienes a su vez habían olvidado que él era el mismo Adán. Había tanta gente sobre la tierra que no le fue posible reconocer a sus hijos, a las que fueran sus mujeres y menos a los hijos de sus hijos. Y los otros no acertaban a explicarse quién podía ser aquel hombrequito cada vez más arrugado que decía llamarse Adán; muchos había con ese nombre, aunque él afirmaba ser el único que carecía de ombligo, y se levantaba la túnica para que le vieran el vientre. Pero nadie le creyó, pues estaban tan arrugado que no se podía comprobar la falta de ombligo ni la existencia de la cicatriz por donde le había sido sacada una costilla. Por otra parte, ya nadie estaba dispuesto a admitir que un hombre pudiera vivir dos mil años.

Poco antes del diluvio, el Diablo le dijo a Adán que buscara refugio en las montañas. Obedeció, y se pasó cuarenta jornadas comiendo miel silvestre y bebiendo leche de cabra. Cuando las aguas bajaron, dejó su refugio y comenzó a andar hasta que llegó al país de Senaar.

Cada día amanecía Adán más encogido y arrugado. Vivía de la caridad pública, pues su extraño aspecto despertaba la piedad de algunos y la curiosidad de todos. Y al fin su desamparo fue tan grande, que una buena mujer se lo llevó para la casa. Y todos los que venían a verlo se asombraban al comprobar que no podía dejar de disminuir. Y tanto encogió que llegó a tener el tamaño de una ciruela, y después, el de una pasa de ciruela.

La mujer lo guardó unos días para que vieran los vecinos qué había quedado de aquella criatura extraña, y luego de una semana le dio asco y lo arrojó por la ventana. Un pájaro se lo llevó en el pico, y como no pudo comerlo lo dejó caer en una huerta, donde quedó hasta que una muchacha que recogía olivas lo encontró, se lo metió en la boca y se lo tragó antes de darse cuenta que no era una fruta. A los nueve meses lo parió y Adán, con ombligo y todo, pudo vivir la infancia desde el principio, aunque nunca supo quién había sido; pero de esto último don Salvador no estaba seguro. Yo pienso que habrá sido así, pues mientras no me demuestren lo contrario, seré de la opinión que el hombre ha sido siempre engañado.

¿Te gustó, gringuita?

Gabrielle sonríe, pero con una sonrisa propia, franca, luminosa, no la que usan los ángeles para la paz cuando salen del templo de los Nethinim para propagar el mensaje.

Gabrielle, te sentís libre solo porque escuchaste un cuento que una vez oí en la bodega de un barco viejo. Ahora no pensás que la vida y el tiempo son una buena inversión, ni que fumar, beber o hacerse el amor es malo, sino que te movés por el taller como si hubieses vivido siempre aquí, y si te ofreciera un cigarrillo o un trago de caña, aceptarías; y si te invitase a acostarnos juntos quizás también aceptarás. Solo porque te conté un cuento.

Si el impecable pudiera vernos a través de su cristal mágico, si nos supiera aquí, hablando de barcos azules y de fugitivos, te susurraría una advertencia: "Cuídate de la imaginación, no le hagas caso. Fuiste a salvarlo y te perderá. La imaginación enferma fácilmente; no la dejes volar; la altura la debilita y la corrompe. No imagines más allá de 10

prudente. Domina tu pensamiento. Recuerda que si el hombre cayó, fue por culpa de la imaginación. El futuro no será de los soñadores.”

Abrís la ventana y sacás al viento la cabeza y el pecho. Como si quisieras volar. Después volvés a moverte entre las cosas como si a cada instante descubrieras algo nuevo. Tus manos recorren las rugosidades de los cuadros y cerrás los ojos como si intentases adivinar los colores con la punta de los dedos. Prometo llevarte algún día a los barcos de don Salvador que estarán anclados todavía junto al barranco. Podemos bajar a las bodegas donde duermen objetos inveterados. Acaso podamos soltar las amarras para que el río nos lleve a la región de los incendios prodigiosos, donde veremos durante un instante, todas las imágenes encerradas desde tiempo inmemorial en las sentinas. Cerrás los ojos como si escucharas los ruidos de la nave en movimiento, que cruje de alegría porque deja el barranco negro para volver a sentir sobre su arboladura rota el peso irreal de las gaviotas. Parece que desearas con ardor ese último refugio, ese irnos sin saber a dónde, ocultos en la bodega llena de delicias que solo es posible gozar en un viaje mórbido y sin brújula.

—Si los dejan —dijo una noche Goroztiaga a propósito de los ángeles para la paz— se van a quedar con todo. Están haciendo el inventario del mundo. Seguramente la gringuita te espía; es natural; no se puede permitir que los artistas hagan lo que se les ocurra. Hay que preservar el Orden. No sé si me equivoco, pero creo que han elaborado un programa muy preciso y muy cruel. Los métodos de represión se perfeccionan, cada vez son más sutiles. No vaya a ser que a cualquiera se le ocurra ponerse a gritar es medio de la plaza: ¡Yo también quiero ir!, porque solo podrán ir los elegidos, los Kaloikagatoi: esbeltos, blancos sin vicios, carentes de emociones, higiénicos y prácticos. El “homo rubeus” se siente demasiado incómodo en el planeta, donde no puede llevar a cabo ninguna empresa duradera y provechosa. La Tierra ya no es rentable. Cuando sea posible construir naves de gran capacidad, la selección será rigurosa. Entonces, al cosmos. Pero antes es necesario restablecer el orden, procurar que los ilotas rindan al máximo, que no divaguen, que no pregunten, que no se atrevan a discutir los términos que componen el programa.

—¿Nosotros no podremos ir? —preguntó Alondra.

—Te digo que no. Hay que aguantar hasta que el aire termine de envenenarse y sobre la superficie del mar no haya más que una infinita mancha de petróleo. ¿Dejaremos que la Tierra se convierta en

un ghetto para que termine siendo el Carro de la Muerte? Mirá Alondrita, yo también tengo mis visiones —prosiguió Goroztiaga—; siempre me acuesto después de medianoche, porque si lo hago antes, seguro que no duermo. Si me acuesto más tarde tampoco, pero sí me hundo en una soñolencia, agradable al principio, que al fin termina por desesperarme. Probé el tilo, el mburucuyá y cantidad de yuyos, pastillas no, porque sería degradante; probé el método que consiste en imaginar la disposición de los objetos en la habitación y en contarlos hasta que te dormís de aburrimiento; practiqué la respiración profunda accionando los músculos del abdomen. Pero no consigo dormir. Cuando al alba, el aire del cuarto se vuelve violáceo como si se iluminaran los vapores del vino, entonces me hundo en una duermevela poblada de visiones. He visto hombres orgullosos de tener relojes de cesio 133, y naves que llenan el aire de espuma incandescente mientras aguardan el momento de iniciar la gran mudanza. Durante el vuelo hacia los desiertos remotos que los expertos convertirán en praderas, nos enviarán mensajes que nos consolarán diciéndonos cuán hermosa es la tierra cuando se la contempla de lejos. Lloverán canciones y bromas a propósito de cualquier cosa; una voz llegará hasta los radiotelescopios con el poema que escribió un elegido durante el vuelo:

Planeta de esmeralda y lapislázuli
no quisiera dejarte por la pena
de tener que morir lejos
de mi casa en Tonhousxate.
Mas desde el cielo
no se ven tus banderas de sangre
ni los negros estandartes
agitados por los vientos oscuros.
¡Ah! ¿por qué dejaste

Alondrita
prosiguió
Goroztiaga

que las frutas del beleño
destilaran en tus huertos
el jugo de la muerte
que marchitó el árbol de la vida?
No veré otra vez mi casita en Tonhousxate;
y, aunque triste,
más grande es la alegría por el Edén futuro
en cuya puerta
estará el ángel terrible que prohíba
la entrada del indigno.
¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!,
¡mi linda casita en Tonhousxate!

Ahora comienza la construcción de la Ciudad Celeste; trasmisión directa vía satélite. Que nos sirva de ejemplo, porque aquí no está todo perdido; ¡la Tierra es nuestra, recuperémosla! Es la conclusión a que se llega en las mesas redondas. Aquí abajo haced en pequeño, lo que allá arriba se hace en grande. La música de la ciudad de los escogidos invade cada instante de nuestra existencia, y las imágenes, en láminas brillantes e inalterables, le recuerdan a todo el mundo que hay un Ojo que observa y un Oído que oye. Los enamorados ya no serán felices en los parques sin sombras; los solitarios se quedarán sin soledad, y los soñadores sin sueños. Desde la pupila dilatada del abismo, caerá sobre todos la mirada detergente.

Una vez construida la ciudad celeste de los mil jardines, luego de ser liberados los ríos de la entraña de la roca para que rieguen las praderas, viajará desde la Tierra el Arca de Noé II llena de pájaros, el Arca III con las vacas, las ovejas y las cabras, y el Arca IV que será una gran pecera, otra con los osos y los pingüinos, las abejas y las mariposas, los escarabajos y los gusanos de seda, los perros, los gatos, los conejos y las gallinas. Y los que

no puedan ser llevados serán reproducidos en materiales sintéticos con minucia de detalles.

Y cuando esté completa la zoología, y los árboles comiencen a fructificar, y los pájaros atraviesen el aire libre de exhalaciones mefíticas, nacerá el Niño Cósmico. Gracias a la inseminación artificial, será concebido por una virgen. Lo ví crecer entre los vapores matinales del vino, a él que no lo beberá jamás y que, cuando pregunte, le dirán: fue un licor que volvió insensatos a los hombres.

El niño rubio y rollizo como angelote barroco, será educado según aconsejen las computadoras, para que no conozca las amargas tribulaciones de casi todos los niños de la Tierra y sea sano y feliz como nunca fue niño alguno. Le harán cuentos de la jirafa, el león, la paloma y de cada animal que verá en los parques y jardines. Le contarán cómo fueron llevados a la ciudad celeste de los mil jardines para que no se muriesen de hambre y de tristeza, y el niño querrá saber qué es el hambre y qué la tristeza. Los pedagogos hallarán la mejor manera de explicárselo, de modo que jamás se originen en él conceptos oscuros y perniciosos. También le hablarán del Diluvio y de cómo fueron salvados los animales para que no perecieran por causa de la maldad, después que los pedagogos se pongan de acuerdo respecto al método más afortunado para explicar al niño qué es la maldad y qué es la muerte. Cuando vaya a la escuela con los otros niños de la ciudad celeste, aprenderá la historia de los hombres la única verdadera y objetiva.

La efigie del Niño Cósmico invadirá todos los rincones de la Tierra; se la verá por doquier, en carátulas de revistas, en rótulos de jarabes, dulces y vitaminas, en las tarjetas de navidad, en los retablos que evoquen su prodigioso nacimiento. Muchos creerán que, cuando sea hombre, vendrá al planeta de sus abuelos para salvarlo, y no se les robará ese

último sueño, para que no vivan sin esperanza hasta el día en que el fuego abra este "reino del mal", después que las últimas naves con elegidos hayan partido hacia la ciudad celeste de los mil jardines.

La visión se disipa con los últimos vapores, dejándome un agudo dolor de cabeza que me acompaña todo el día.

—Eso te pasa por beber vinos teñidos y leer demasiada literatura de anticipación, como le dicen ahora. —dijo Sebastián.

—Lo que sucede, es que no estás para la metáfora. Al pan, pan, y al vino, vino. ¿Es o no es así?

—Por supuesto; si no es vino, no lo tomo. Decime, Goroztiaga, ¿por qué no probás el alcohol azul y la nafta roja? Vas a ver cosas más originales, capaces de desvelar no solo a vos, sino también al Sordo.

Porque el Sordo dibujaba las visiones de Goroztiaga. Y días después, cuando desenrollé ante los ojos de Gabrielle la cartulina donde había dibujado El Carro de la Muerte, ella quedó fascinada y me pidió que le hablara de las visiones.

—¿Quién ese Goroztiaga? —preguntó.

—Uno que sopla y hace botellas, y después de hechas las llena de líquidos alucinantes.

Y como empezó a gustarle que la llevara por mundos desconocidos y vedados, una tarde, con la complicidad de la lluvia y una sonata barroca para flauta, conseguí que se me rindiera. La Lucrecia de Cranach, sin puñal ni velo, estremecida en el umbral del Necrocósmos, me clavaba una mirada llena de desamparo y hasta me dijo, mientras nos vestíamos:

—También nosotros viajamos ahora en el Carro de la Muerte.

Y era como si sintiera por primera vez que el ojo del impecable la observaba de hito en hito.

No estoy solo en el sótano. Preferiría estarlo, para pensar con tranquilidad y tratar de comprender esto. ¿Comprender qué, me querés decir? ¿Que el cambrón amaneció decidido a avivar su fuego para devorar todo árbol que no quiera cobijarse bajo su sombra? Hoy habrá hecho un largo paseo en bicicleta para madurar la idea. A lo largo de la alameda habrá contemplado con nostalgia el orden estatuario. Linda palabra. Estatuario. Sirve lo mismo para estatuas que para estatutos. Reinar en el país de las estatuas. Sólo estatuas. Pasear entre ellas, enamorarse de las hebes y las dianas, de la trinidad de las gracias. Dormir la siesta junto a Eros y Psique y, al despertar, gozar la maravilla de su abrazo eterno. David con la honda al hombro. El discóbolo que, si lanzase el disco, atravesaría una ventana del palacio, se incrustaría en la vitrina de las condecoraciones o en el piano, con un violento estallido de cuerdas. Pero el discóbolo jamás arrojará el disco, ni el hondero revolverá la honda sobre su cabeza. Uno puede imaginar infinidad de combinaciones: cambiarlas de lugar, separarlas, ponerlas en fila, trocar los pedestales. ¡Si la gente aprendiera de la calma de las estatuas! Acaso mostrándoselas por todas partes, en los parques, en las esquinas. Pero no, no es posible. Las romperían porque hay ganas de romperlo todo, de no dejar nada en pie. Es preciso descubrir a los iconoclastas; se los reconoce por la mirada, por la manera de vestirse y de

andar. Ni siquiera le piden a uno documentos. Pueden ser falsos. Es necesario escudriñar los rostros, captar las intenciones oscuras. Por eso estoy aquí, porque me vieron cara de iconoclasta. Me detuvieron en la plaza y me trajeron a pie. Ellos tenían botas y pisaban con firmeza sin preocuparse por el estado desastroso en que se encuentran las veredas. Maldita lluvia. Yo andaba a saltitos, tratando de eludir los charcos, los pozos y las baldosas flojas. Si me demoraba en mis complicados cálculos, me levantaban en vilo con movimiento sincrónico para dejarme caer donde menos lo esperaba. Mis zapatos blandos golpeaban contra sus botas, pero a ellos no les importaba. Diez cuadras hacia el este. Una hacia el sur. Entrar por la puerta lateral. Subir la escalera. El largo corredor. Una puerta. Otro corredor. Otra puerta. Caminar diez pasos. Vuelta a la derecha. Bajar una escalera interminable. El último corredor. La puerta de la mazmorra.

No puedo ver el rostro del hombre que respira como un perro viejo porque no hay más luz que la que penetra por la mirilla. Sin duda duerme. Cuando el guardia me metió aquí de un empujón —siento aún como si su mano estuviera pegada a mi espalda— pudo haber despertado. Lo sentí toser, y su tos fue como una advertencia: “No creas que vas a estar solo. Estoy yo aquí, hediendo a mugre. Ya olvidé cuántos días hace que me tienen encerrado”.

Mi ropa se ha estropeado con la lluvia, y la humedad de este asqueroso sótano impedirá que se seque. Después vendrán otros, porque esto ha de tener capacidad para mucha gente. Nos hacinaremos y tendremos que ponernos de acuerdo para determinar en qué rincón se acumularán las inmundicias.

Quisiera iniciar el diálogo, pero no encuentro la manera. Podría tocarle un hombro y preguntarle: “¿Hace tiempo que lo tienen encerrado?”, y aun

agregar: “¿Eh, amigo?” ¿Pero dónde está el hombro del amigo? En mi intento de búsqueda podría tropezar y caer sobre él, pisarle una mano, golpearle la nariz. Sólo conseguiría irritarlo. Sobre todo si le arruino el sueño. Renuncio. Espero a que él tome la iniciativa.

Arriba hace dos semanas que llueve, y aquí uno se siente como en el vientre mismo de las lluvias. La humedad implacable, helada, penetra por los poros. Recuerdo a la maestra de 5º cuando nos daba lecciones de anatomía: El hombre es una bolsa de agua. Entraba en el aula abrazando al hombre de yeso, sin brazos, con su desnudez de vísceras a quien nosotros llamábamos el Novio de la maestra. Pero el esqueleto completo que pendía de un soporte de metal era traído solamente por el bedel quien lo dejaba cuidadosamente junto al pupitre. Allí se balanceaba un rato como si tuviese el sano propósito de divertirnos con su baile aéreo, con choque de rótulas y talones. Tenía la dentadura completa y sobre las costillas, numeritos dibujados con envidiable caligrafía. Nunca pudimos jugar con él porque, antes que sonara el timbre, volvía el bedel para llevárselo al depósito, con tal celo y circunspección que podría pensarse que se trataba de un antepasado querido. La maestra insistía en afirmar que el hombre es una bolsa de agua. 90%! La mirábamos incrédulos, pero teníamos que repetir: El hombre es una bolsa de agua. Y el esqueleto bailarín era la prueba incuestionable.

Tengo los zapatos ensopados y los pies entumecidos.

En invierno la abuela se ocupaba de llenar las bolsas con agua caliente para ponerlas entre las co-

bijas. Todas las noches, desde junio a setiembre, éramos dos bolsas de agua en la cama. Le agradecía el minúsculo verano que crecía a partir de los pies, y me dormía pensando en la playa, en la arena tibia, en las sombrillas alegres y en el aire espléndido de gaviotas, y, cuando estaba en 5º, en la maestra. Yo crecía hasta parecerme a un actor de cine y la maestra se enamoraba de mí. Como tenía un automóvil muy veloz y también un aeroplano, la llevaba a conocer los países que se veían en las películas. Muchas veces la salvé de situaciones peligrosas, de ser devorada en la jungla, de perecer ahogada en la bahía de Hong-Kong, de despeñarse en el Himalaya. Frecuentemente cambiábamos de época y la invitaba a bailar en castillos feudales donde debía luchar incansablemente contra los caballeros que la codiciaban. A veces, a los barcos azules de don Salvador le nacían velas nuevas y nos íbamos por mares tan cristalinos que nos parecía que volábamos sobre campos de madrêporas. Si ahora tuviese la fuerza de entonces, podría salir fácilmente de este calabozo inmundo, y no tendría que padecer en el vientre mismo de las lluvias donde cada minuto es más largo que aquellos inviernos con escuela, maestras encerradas en guardapolvos rígidos y compañeras egoístas que me denunciaban si se me ocurría tocarlas.

Al otro lado de las paredes que no veo, bajo el piso que exhuda una linfa pegagosa, presiento el arroyo que fluye por las alcantarillas. Las bolsas se vacían constantemente. Millares de bolsas. Eliminan y vuelven a llenarse, eliminan y vuelven a llenarse,

vuelven a llenarse, sí,
vuelven a llenarse;
hasta que se vacíen definitivamente,
se rompan y se pudran,
y sólo quede

la armazón de huesos
que divierte a los niños
cuando entra al salón,
cuando sacude
los hombros
y golpea los talones.

¡Noventa por ciento! Sospecho que exageraba. Lo que no me gustaba en ella era ese tono hiperbólico que sólo gastaba en la clase, porque cuando viajábamos por comarcas y por épocas, y se abrazaba a mí como lo hacía con el novio de yeso, de su boca salía un sonido como de viola de amor.

También me disgustaban sus paradigmas. Todos sus paradigmas. Este era el paradigma de la lealtad, aquél el del patriotismo, el otro, el de la justicia. Paradigmas dentro de marcos de laurel dorado. Bolsas de agua ilustres y paradigmáticas. El paradigma del saber. Paradigmas de paradigmas. Los más sugestivos eran, sin duda alguna, los de la conjugación verbal: AMAR, TEMER y PARTIR. Bastan para figurarse la existencia de un hombre. Mucho tiempo después de mi alejamiento de la escuela se me ocurrió pensar en la relación existente entre los paradigmas de las conjugaciones que, con toda seguridad, no han sido escogidos por mero capricho, sino que deben ser el fruto de una larga meditación sobre la vida. Podrían haber elegido: Cantar, comer y persistir, sin comprometer para nada los humores filosóficos de las bolsas de agua. Con cantaba, como y persistiré, no se dice casi nada, pero: amaba, temo, partiré, ya es otra cosa.

No puedo aguantar más los zapatos mojados. Me descalzo. Los calcetines cuelgan de mi mano como peces muertos. Es cierto que el piso está pegajoso, pero también menos frío que mis pobres zapatos. Quiero medir las dimensiones del recinto. Mis pies

se mueven sobre viscosidades. Los siento ajenos. De pronto se dilatan como si estuviesen llenos de gelatina que rompe la piel y se derrama. Camino sobre cetáceos muertos, sobre algas. Mi mano recorre la superficie de las paredes. Rugosidades y huecos. Pitones. Un caño colector. La puerta: el punto de partida. Aquí están mis zapatos. Ahora los siento tibios. Con ellos recorrí los muelles y las calles de los barrios más solitarios cuando paseábamos con Gabrielle toda vez que ella creía despistar al impecable. Me pedía que la llevara a lugares interesantes, no muy concurridos, para tomar fotos con su polaroid. Prefería los grandes edificios sin terminar con grises monolíticos y manchas de herrumbre.

—¿Qué iba a ser esto?

—Palacio de la Justicia.

—¿Por qué no lo terminaron?

—Porque se olvidaron.

—¿Del palacio o de la justicia?

No paraba de preguntar ni de sacar fotos. Subíamos las escaleras ásperas hasta los últimos pisos del edificio inconcluso. Ya no hay guardianes que te prohíban la entrada. Podés entrar al futuro palacio. Allí sos libre, completamente libre, para recorrer sus espacios barridos por el viento, para escoger un rincón donde hacer el amor sin más testigos que las palomas, para arrojarte por el hueco de los ascensores; libre para contemplar sin apremios la ciudad que desde arriba parece feliz y espléndida.

Mañana irán a registrar el taller. Quizás esta misma noche. Hallarán los originales de "El Cambrón". Goroztiaga no tardará en caer porque de ésta no se escapa nadie. Sordo, te salvaste. Te veo en un Snack-Bar de Sydney haciendo durar una copa de cerveza, mientras Sebastián y Alondra buscan algún tango en el repertorio del tocadiscos automático. Con mucha suerte encontrarán "Adiós Muchachos" interpretado por una orquesta japonesa. Como la consola funciona sin parar porque habrá decenas de adolescentes idólatras de los Beatles y Tom Jones, supongo que también existirá la posibilidad de echar un par de fichas por la ranura y comprar un silencio de cinco minutos para poder tararear lo que a uno se le ocurra. Vos que sos millonario en silencios, Sordo, ¡si pudieras venderlos!

Lo que me consuela un poco es este olor a trementina que conserva mi ropa. Cierro los ojos y lo aspiro hondamente. Cierro los ojos, aunque esté rodeado de tinieblas. Cuando se haya evaporado el último vestigio, no me quedará más que soñar con la botella que está sobre el estante entre las memorias de Cellini y un guante color celeste, único recuerdo que me dejó Gabrielle, relleno de papel, y que sostiene entre sus dedos una baraja española: el as de bastos. ¿Te acordás, gringuita, cuando quise enseñarte a jugar al truco? No entendías el valor

cambiante de las cartas según la muestra de turno, y menos aún que el rey, que siempre valía muy poco, que no era un rey con poderes absolutos, sino un pobre diablo, un monarca en un régimen burgués y parlamentario, de pronto, como volviendo del exilio, o después de dar un golpe de estado, valiera más que las otras cartas y ejerciera un poder omnimodo, gracias a la aparición mágica de un dos, el inexorable dos de la muestra, sobre todo si el caballo y la sota, investidos también por el dos milagroso, proclamaban el triunfo del monarca hasta que todos volvieran al mazo. Yo te decía que hasta que no aprendieras a jugar al truco, no podrías comprender ni nuestra historia, ni nuestra política. Inventaba significados para mantener tu interés por el juego. En las figuras estaban representados todos los poderes del mundo. El oro y la espada. Los bastos viriles y arborescentes afirmando el triunfo de la vida que era celebrado por las copas colmadas de vino. En mi sueño subterráneo te deseé como a una sota, en la segunda acepción que, en tu afán de aprender la terminología bárbara del truco, hallaste en el diccionario de la Academia que uso para prensar mis collages. Mujer insolente y desvergonzada. Una sota que sostenga una enorme copa de trementina, para aspirar sus vapores, para entregarme a las visiones cromáticas, al azul cobalto de mis cielos hirientes; al azul de Prusia que deja de serlo cuando lo mezclo con blanco de titanio, para aproximarse al verde sublimado de los ojos de Neerit; al bermellón impúdico y herético; al blanco témpano donde confluyen, al fin, todos los colores. Tomá las copas, Gabrielle, y llenalas de trementina. La treintauna copas de mazo. Sentados frente a frente por puro convencionalismo, separados por el cuadrado de la mesa, jugábamos sin terminar nunca el juego, porque vos no entendías qué era lo que tenías que jugar y me mostrabas las cartas, y al cabo de una

hora era como si yo estuviera jugando al solitario. No había tiempo para que terminaras de aprender; por eso dejábamos las cartas en desorden sobre las manchas de pintura; era la hora de abrazarte y acariciar tu piel. Un poco más tarde me dirías: Debo irme, y un poco más temprano: Ahora no. Temías que alguien pudiera verte, porque las cortinas no existen en el taller y porque una tarde, mientras dibujaba tu carita viste que colocaban una escalera junto a la ventana y que unos hombres subían y bajaban. En vano traté de convencerte de que lo único que hacían era reparar los cables eléctricos, y que no habían mirado para adentro ni una sola vez. Tendrían que haber achatado sus narices contra los vidrios sucios para poder vernos.

—De haber existido cortinas, quizás hubiesen mirado, pues los velos son tentadores.

—¿Por qué lo retuerces todo? —me dijo— ¿No puedes aceptar las cosas sencillamente?

—¿Acaso una ventana sin cortinas no es algo muy sencillo?

—Lo es, pero tú no.

—Oíme, Gabrielle, la gente piensa que en una casa por cuyas ventanas se puede ver fácilmente el interior, no ocurre nada. Por eso los hombres no se ocuparon en averiguar qué hacíamos vos y yo. Pero si hubiese una cortina, pronto verías un rostro como colgado del cielo.

—¿Y si colgase verdaderamente del cielo?

Pobre gringuita. La apóstata. No tolerarán que se haya apartado del camino para hacerse amiga de un náufrago y conocer los deleites de la carne. El Programa sobre todo. Se fue sin despedirse. Se la llevaron. Si tan solo tu guante cogiese la botella y atravesase los muros para venir a derramar la caridad de la trementina y perfumar el aire.

La puerta se ha abierto repetidas veces. Ahora somos muchos en el sótano. Todos mojados y en silencio. Algunos cuchichean.

En Sydney, Sebastián le estará comprando silencios a la consola. Alondra, serena y apetecible, está fuera del tiempo. ¿Quién podría imaginar un futuro para Alondra?

Que el Esquema se derrumbe. No hay que cuidarlo más. No importa que se deshaga, se disuelva y se escurra por las porosidades de este sótano. Mejor que se termine de una vez. Total, mañana no te va a servir y, cuando te dejen salir, tendrás que pensar en otras cosas.

1970

31

- ...tano (narraciones.)
27. W. ORTIZ y AYALA: Hombre en el tiempo (poemas).
 28. W. B. NAVIDE: Poemas de la ciego.
 29. M. SELLARDO: La demorona y otros cuentos.
 30. JULIO C. DA ROSA: Ratos de padre.
 31. PEDRO L. IPUCHE: Antología Poética.
 32. HUGO ACHUGAR: El derrumbe (poemas).
 33. ENRIQUE ESTRAZULAS (Fueye) (poemas).
 34. SILVIA RODRIGUEZ VILLAMIL: Las mentalidades dominantes en Montevideo (1850 - 1900).
 35. JORGE ARIAS: Piedras de toque.
 36. WALTER RELA: Historia del teatro uruguayo.
 37. VIVIAN TRIAS: Juan Manuel de Rosas.
 38. VIVIAN TRIAS: La crisis del Imperio.
 39. UBALDO NICCHI: La Controversia.
 40. HECTOR GALMES: Necrocósmos (novela).
 41. J. P. BARRAN Y B. NAHUM: Historia Rural del Uruguay Moderno. Compendio del Tomo I (1851-1885).

Colección "Horas de Estudio"

1. RUBEN DARIO: Sus mejores poemas anotados y comentados (2ª edición).
2. D. L. BORDOLI: Los clásicos y nosotros (ensayos).
3. JORGE ALBISTUR: El rumor de las hojas (ensayos).
4. JORGE ALBISTUR: Leyendo el Quijote.
5. BECQUER: Rimas, leyendas y otras páginas.
6. BAUDELAIRE: Las flores del mal (edición bilingüe).



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

"Necrocosmos" es la primer novela de Galmés, quien hace unos años obtuviera mención en el concurso organizado por la Feria Nacional de Libros y Grabados, para su cuento "El hermano", publicado luego en el volumen titulado "Diez sobres cerrados". Nacido en 1933, Galmés es profesor de Literatura en Enseñanza Secundaria. Actualmente está escribiendo otra novela. Creemos no equivocarnos al afirmar que Necrocosmos es una obra de calidad inusual para un autor que se inicia, y ha de crear una justificada expectativa hacia sus próximos títulos.

Precio de venta al público, \$ 400

